

I.

El Regionalismo como problema conceptual

Hebe Beatriz MOLINA

Universidad Nacional de Cuyo-Conicet
hebemol@ffyl.uncu.edu.ar

María Lorena BURLLOT

Universidad Nacional de Cuyo
mlorenaburlot@gmail.com

“Ocurre con ciertas palabras y expresiones como con las monedas, que de tanto pasar de mano en mano van perdiendo su cuño y para individualizarlas nos exigen mirar con atención”.

María Delia Paladini. “Regionalismo y novela”.

1.1. Aproximación al problema

En líneas generales, hay coincidencia entre los estudiosos en que “la idea de región implicaría un territorio y una pertenencia” [Fleming 2009: 138] y que la “Literatura regional es [...] la que surge en una determinada región geográfica, histórica o folklórica y que refleja la realidad de un cierto modo humano. [...] no tiene, pues, restricciones programáticas en lo temático, ni en lo lingüístico” [Videla de Rivero 1984: 18].

Para Pedro Barcia importa la textualización explícita, pero no el lugar de producción: “Literatura regional es la que nos sitúa por sus alusiones en una región determinada. Puede ser escrita en dicha región o no. [...] Pero no es regional una obra por el mero hecho de ser compuesta en ese ámbito regional” [39]. Luego de enumerar los tres niveles semánticos (*meiorativo*, *peiorativo* y objetivo) del adjetivo “regional”, concluye que la literatura regionalista manifiesta los dos primeros niveles, mientras que la acepción objetiva y descriptiva corresponde a la literatura regional. En consecuencia, la “literatura

regionalista, como producto, o el regionalismo literario, en cuanto estética, como el rey Midas, convierten en regional cuanto tocan y todo lo reducen a esa esfera” [41].

Pablo Heredia, en cambio, acentúa la perspectiva sociocultural y discursiva según la cual la región es un “espacio de percepción y aprehensión del mundo en el cual se habita” [1994: 25-26]. En este sentido, todas las literaturas son *regionales*, en tanto *regionalizan* “sus visiones del mundo instalando las lenguas culturales en y desde un ‘lugar’ específico” [2005: 9].

A pesar de que en algunos puntos las afirmaciones teóricas se distancian, existen nudos problemáticos (variables epistémicas) en los que converge buena parte de las observaciones críticas. Presentamos, a continuación, un anticipo de esos nudos, deteniéndonos en algunos ejemplos. En el apartado siguiente, nos enfocaremos en las cuestiones histórico-conceptuales. Obsérvese que las conceptualizaciones más difundidas se refieren casi con exclusividad a la narrativa.

No obstante la aparición –al parecer, inevitable– de la pareja conceptual Regionalismo-Literatura Regional, el interés o la necesidad por definir suele recaer sobre el Regionalismo. Alejandro Fontenla precisa: “en nuestras historias literarias el *regionalismo* es un supuesto teórico con el que se designa la ficción que describe un lugar, su naturaleza, las costumbres de sus habitantes y las modalidades de su cultura” [481]. Pero a esta definición precisa agrega luego otro rasgo que restringe lo anteriormente dicho: “La literatura regional exhibe a flor de piel los fenómenos de aislamiento y debilidad cultural y testimonia, a veces dramáticamente, las dificultades de sus escritores frente a sus respectivos medios” [481]. En otras palabras, el Regionalismo expone, ratifica y acentúa, al mismo tiempo, una supuesta minusvalía de algunos medios culturales; por lo que tendría el valor de lo marginado.

Sergio Delgado reafirma esa definición, basándose en criterios sociológicos: “Por extensión se suele aplicar el mote de *regionalista* a determinadas literaturas marginales que no han trascendido sus ámbitos y conseguido un adecuado reconocimiento del ‘centro’, o que no han alcanzado ciertos logros formales” [347].

Paralelamente a la evolución de los estudios regionales (que resumiremos más abajo), en alguna crítica y en la historiografía literaria el concepto Regionalismo se va cargando de semas negativos. Gloria Videla de Rivero enumera los “pecados” de los cuales se acusa a las literaturas regionales: “caer en el folklorismo”, “establecer un culto a los linajes”, “sacralizar el paisaje, [...] inventar una imagen arcádica, [...] ignorar los desiertos, los terremotos y otros cataclismos”, “cultivar el *cebo* del costumbrismo”, *defectos* todos en relación con la denominada “literatura nacional” [1984: 21-2]. Así mismo, conjetura que esta desvalorización de las literaturas regionales se origina, fundamentalmente, en que la obra literaria valiosa (de calidad), “cuando logra difusión en el país y en el mundo, parece que deja de ser regional para convertirse en nacional” y solo quedan como literatura regional “los partos más mediocres o deleznable”, entre otras pocas opciones [14-5].

José Andrés Rivas también observa este fenómeno: “Su significado es tan ambiguo que todo abordaje del problema necesita una delimitación específica de su campo de estudio.

La causa es que, en principio, al regionalismo no se lo suele reconocer tanto por lo que es, sino por lo que no es. Por aquello a lo que se opone, antes que por aquello que representa” [49]. Luego enumera las falacias o mecanismos reduccionistas que coadyuvan a esa ambigüedad semántico-epistémica:

-*Falacia geográfica*: “la ‘geografía’ del regionalismo sería la de un territorio carente del prestigio literario del de la tradición eurocéntrica” [49];

-*Falacia temática*: solo tendrían cabida los temas de la comarca;

-*Falacia histórica*: se “establece como modelo preeminente de lo regional, los textos de inspiración telúrica y comarcana de la etapa del postmodernismo dariano y unifica su discurso crítico alrededor de ella” [50];

-*Falacia ideológica*: debido a “la alta condición representativa que porta el objeto *Regionalismo* para cualquier abordaje político: tanto por las incumbencias simbólicas del ámbito geográfico que abarca, como por la idiosincrasia diferenciadora de sus personajes, sus connotaciones históricas y raciales, su mundo de valores, su lenguaje, etc.” [51].

Rivas conjetura: “Si bien estas falacias no tienen una consistencia sustancial, la facilidad con que fueron aceptadas dentro del discurso crítico sobre el Regionalismo proviene precisamente de la naturaleza marginal, que se le asigna a éste” [51].

La imprecisión en la terminología literaria es paralela a la ambivalencia respecto de cómo denominar a la literatura producida en los ámbitos culturales externos al Gran Buenos Aires, centro del sistema literario argentino por imposición geopolítica; ámbitos vagamente denominados del “Interior”. Pablo Ansolabehere constata la inadecuación: “Los *regionalismos* particulares de la Argentina, sus regiones narrativas se definen como un todo en oposición a Buenos Aires, la zona que no es región pues representa a la nación entera y, al mismo tiempo, a lo cosmopolita” [89]. Una de las razones de esta generalización puede hallarse en el hecho de que suele considerarse que la narrativa regional continúa la narrativa rural, que a su vez proviene del realismo tradicional (siglo XIX) y de la gauchesca¹.

Hay coincidencia en tratar la distinción *literatura regional* / *literatura nacional* con el carácter de contraste. Algunos críticos consideran que esta es la variable fundamental ya que el regionalismo se textualiza en la oposición centro / periferia o cultura hegemónica / culturas periféricas. No obstante, Andrea Bocco asume “como falsa la oposición entre literatura nacional y provincial [...] porque replegarse sobre lo puramente local hace perder de vista justamente lo que, desde nuestra perspectiva, se debe enfocar”:

Una literatura nacional es [...] una *totalidad heterogénea*. Es decir, contiene series literarias construidas en tensión, textos canónicos y no canónicos, legitimados y periféricos, inscriptos en la letra o en la palabra oral. No podemos leer unos sin los otros, porque de lo contrario se reduce el problema a una supuesta homogeneidad de un canon aparentemente estable. La pregunta es cómo y desde dónde pensar esa heterogeneidad [2010].

¹ Aún más, las capitales de las provincias suelen aparecer subsumidas en el ámbito rural, en el que a veces se engloba todo el *Interior* argentino.

Los planteos hasta aquí enunciados coinciden en el sustrato relacional de la problemática: cada literatura puede integrarse en una realidad mayor y, a la vez, abarca una (o varias) realidad(es) menor(es), configurando círculos concéntricos. Esto es lo que estudian, por ejemplo, Elisa Moyano y su equipo de investigación respecto de la literatura de Salta: la “falta de reconocimiento en el resto del país” de la literatura salteña de las últimas décadas y “los textos escritos en el interior provincial, habitualmente relegados” [2004b: 10]. La misma relación se da entre la literatura argentina y la literatura latinoamericana, y entre región / globalización.

Sin duda, las reflexiones cambian el eje de discusión cuando se centran no ya en el mundo representado (sobre todo, la relación hombre / medio), sino en el carácter situado –local, regional– del enunciador y de su lugar de enunciación. Entonces ya no importa la región geográfica, sino la región (geo)cultural:

[...] un horizonte de posibilidades múltiples, un imaginario social amplio y variado que, en un tiempo y un espacio determinados, una comunidad desarrolla a través de prácticas y de un sentido de pertenencia que circula y se expande. Es dinámico, no es estático, puede atravesar las fronteras [...] [Massara y Gorleri: 151]².

En consecuencia, “cada espacio [regional] articula sus discursos de un modo particular y específico, pero siempre, en relación y en tensión conflictiva con el resto de las prácticas sociales y culturales del país” [Massara 2012: 16]. La geocultura “construye identidades culturales” [Nallim 2012: 6].

Amelia Royo suma al pensar y escribir situado un componente imprescindible del proceso de comunicación: el lector implícito en las obras, lector que también es situado [25]. Ricardo Kaliman, por su parte, incluye al destinatario en la poética regional y, en cierto modo, la restringe: “*escribir regional* traduce escribir *en*, escribir *sobre*, pero esencialmente escribir *para*” [cit. en Royo: 25].

Zulma Palermo, siempre (sanamente) subversiva desde la teoría decolonial, considera que el concepto de Región, junto con el de Literatura y de Canon, es uno de los “conceptos preconstruidos por la tradición del pensamiento moderno/occidental” y que muestra la “vigencia [...] de nuestra manera de concebir las formas de producción cultural y material desde el paradigma moderno/colonial” [2012: 63]. Por ello, propone reemplazarlo por el concepto Lugar.

Para incluir las diferencias, Pablo Heredia plantea “construir críticamente las literaturas de regiones por medio de su interrelación –e interacción–, no solo en su vínculo ‘colonizado’ por la región central, sino también a través de las redes con otras regiones igualmente relegadas a la periferia o a la marginalidad de ‘la literatura argentina’” [2012: 23].

² Andrea Bocco resume el concepto de Geocultura, tomado de Kusch: “Se trata de una noción que establece la amalgama de lo geográfico y lo cultural, en donde lo primero no determina a lo segundo; por el contrario se funden y transforman en un apelmazamiento (parafraseando a Kusch), atravesado por lo histórico y, por ende, dinámico. Desde estos presupuestos, entendemos la noción de ‘espacio geocultural’ o ‘región geocultural’ como una estructura de sentido, construcción subjetiva, variable históricamente, asentada no en un territorio sino en un suelo en tanto ‘domicilio existencial’” [2010].

Poco a poco, se evidencia un punto central: el estudio de la literatura regional es una *opción metodológica*, según demuestra Fabiana Varela, más abajo (punto 2), respecto de los aportes de Carlos Hernán Sosa.

1.2. La evolución del problema y del concepto

1.2.1. Prehistoria del Regionalismo

Dicen los historiadores que, en la Argentina, las regiones son anteriores a la nación porque aquellas continúan la organización política de la colonia, mientras que la segunda es un propósito político antes de ser una realidad [Bandieri y Fernández; Cueto]. No obstante, pervive la idea y la memoria de una suprarregión, la del imperio español; por ende, la relación región / nación nace tensa y se mantiene así hasta hoy.

Andrea Bocco, cuando investiga las gacetas que circulaban hasta 1852, observa que, ante la imposibilidad de organizar el territorio sobre la base de los trazados virreinales, “aparece la atomización en tanto fracaso o suspensión de un proyecto geopolítico”; y paralelamente “el sentido de *patria* termina de construir su alianza con lo inmediato y se superpone a *pago*: la única posibilidad de vivir la patria es a través de la inclusión activa y experiencial en el *pago*, la patria chica, el pueblo, la provincia” [2004: 177].

Otras problemáticas enfocadas desde lo regional son expuestas clara y principalmente por Sarmiento en *Facundo: ciudad / campo*, Buenos Aires / Córdoba, zona civilizada / frontera / tierra de indios; que se resumen en el axioma “La República Argentina es ‘una e indivisible’” [29], que marcará no solo la historia geopolítica argentina (unitarios / federales; porteños / provincianos), sino también la historia cultural (Buenos Aires como el centro *natural* del país). No está de más recordar la incidencia de las ideas historicistas de los filósofos alemanes Herder y Hegel en cuanto a las relaciones hombre-naturaleza-historia propia y al *espíritu del pueblo* [Maturó: 122].

A medida que avanza el proceso de “organización nacional” como un intento de unificación de lo diverso en una sola unidad política, la literatura va emergiendo heterogénea según los sustratos etnolingüísticos y según las particularidades geoculturales. El ejemplo que más ha trascendido es el de la literatura gauchesca, identificadora de la Pampa húmeda.

La afirmación de una identidad nacional se busca a través tanto de resaltar lo propio, como de establecer las diferencias con lo español; en particular, mediante la modalidad costumbrista, que cuestiona el presente (costumbres retrógradas), rechaza el pasado (costumbres serviles) y propone un futuro mejor, con “mejores” costumbres (costumbres morales apropiadas para una nueva nación). No faltan los escépticos, como Heraclio Fajardo y Ángel Julio Blanco [9], quienes opinan que los argentinos no tenemos nada propio, excepto los indios y los gauchos, a causa de nuestra costumbre de imitar a los extranjeros.

Otra variante textual interesante es la denominada actualmente literatura de frontera pues delimita espacios geoculturales: el del “indio” y el del “blanco”, en continuo contraste y lucha de poder.

Hacia fines del siglo XIX, se conjugan las tendencias literarias realista y naturalista con los problemas sociales reales que se originan en la inmigración europea masiva. Ante la aparición en escena de un *otro* abundante y, para algunos, amenazador (por ser distinto, pero también por provenir del continente civilizado por excelencia), el problema de la identidad se reorienta hacia lo nacional nuevamente. La Argentina ya es (parece ser) *una e indivisible* en lo político y en lo cultural; por lo que poner un límite a lo foráneo avasallador es considerado un deber ciudadano. Aquí, como en otras partes del mundo y en cualquier época, el inmigrante (el *diferente*) ocasiona crisis de identidad y acentúa el amor por lo propio. Las diversidades regionales –que se han ido marcando naturalmente a través tanto de producciones autoriales, como del folklore anónimo– quedan subsumidas en una visión del país como “crisol de razas”, que manifiesta un orgullo que no se condice necesariamente con las prácticas sociales cotidianas de los ciudadanos argentinos.

La presencia contrastante del *otro foráneo* provoca la apreciación del lugar propio, de la “tierra natal”, donde se instalan esos *otros*. Empieza, entonces, la historia del Regionalismo.

1.2.2. El primer regionalismo

Hacia 1880 y continuando el proceso de “unidad nacional”, el orgullo provinciano se hace oír amigablemente mediante la presentación de lo típico regional como ofrenda para un “himeneo fecundo” entre el arte nacional y el arte local [1895: 380]. Emerge, entonces, la primera poética regionalista. La delinea Joaquín V. González, en *La tradición nacional* (1888), cuando explica la íntima relación entre la tierra y el hombre:

Cada una de estas regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio –la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos–; cada uno tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su religión natural y su concepción peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada tribu, de cada raza, están destinadas a producir las grandes evoluciones que la historia recoge después, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza en una corriente común [2015: 95].

A cada región le corresponde una literatura:

Las creaciones fantásticas son más propias de la montaña que de las llanuras; allí influyen las sordas y recónditas convulsiones, los diálogos aterradores entre las cumbres inaccesibles y las nubes cargadas de tormentas; allí siempre habla la divinidad al corazón del indígena; la lucha con la tierra reviste proporciones colosales, y la lucha con el hombre subordina a los obstáculos ingentes de las escarpadas serranías.

[...] esa llanura silenciosa y siempre igual da, pues, a las creaciones de la imaginación, a la poesía nativa y a la tradición, toda la tristeza, la monotonía y la sombría majestad de sus misterios. [...]

Pero allí donde los ríos serpentean y hacen brotar los oasis, donde la semilla arrojada en el seno de la tierra se multiplica y alfombra la llanura, allí donde la vida pastoril y agrícola suaviza los instintos y adorna la vida con sus encantos apacibles y sus días serenos, allí donde las selvas se levantan espontáneas para convertirse en morada de las aves y de los hombres, allí aparece la poesía tierna y sentimental, los amores tranquilos [...] [103-4].

En *Mis montañas* (1894), González agrega otras especificaciones al exponer su objeto: “los caracteres sociológicos de mi pueblo, su fisonomía y su alma” [1895: 107, cap. VIII], y el acto perlocutivo que espera producir en el lector: “estas páginas destinadas sólo a despertar amor ó simpatía por mi tierra natal” [1895: 56, cap. VI].

En esta poética perviven las reglas románticas de la idealización (sinónimo y productora de belleza), del pintoresquismo (predominio de la representación visual, de la *pintura*) y de la nostalgia por un pasado mejor, que no volverá. Denominada Nativismo por la crítica posterior³, establece en el pasado –colectivo e individual– y en el Interior, la “verdadera” esencia o “el alma” nacional. Nace con Joaquín V. González, se consolida durante el Centenario de la Revolución de Mayo y tiene en Martiniano Leguizamón la figura culminante.

En este punto de la historia, empiezan a separarse los dos objetos de estudio, a los que nos referimos en la “Introducción”: por un lado, los textos literarios, que se multiplican en modulaciones genéricas y en contenidos de amplia gama; y, por otro, la teorización hecha por críticos e historiadores, que ahora concentrará nuestra atención.

1.2.3. Las primeras conceptualizaciones críticas e historiográficas

Pocos años después de inaugurar la primera cátedra universitaria de Literatura Argentina (Universidad de Buenos Aires, 1913), Ricardo Rojas da a luz su *Historia de la literatura argentina: Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (Losada, 1917-1922). Primero fundamenta por qué considera necesario y viable hacer una historia literaria argentina, lo que implica demostrar que en la Argentina existe una literatura (o sea, un conjunto interesante de textos literarios) y que esta puede servir para caracterizar al pueblo argentino, diferenciándolo al mismo tiempo de los otros pueblos hispanohablantes. Esta aclaración, hecha por el propio Rojas, es importante porque en el “Prefacio de la primera edición” ha establecido que “una literatura nacional es fruto de inteligencias individuales, pero éstas son actividades de la conciencia colectiva de un pueblo, cuyos órganos históricos son el territorio, la raza, el idioma, la tradición” [I, 23]. Según se expone en este *Ensayo filosófico*, toda la Argentina es una única región geocultural y su literatura, el medio artístico de mostrarla en su *individualidad colectiva*. Esto se infiere de su credo estético:

La tesis de mi indianismo⁴ es que la tierra forja la raza; ésta revela un espíritu local a través del hombre: y aquella fuerza ‘divina’ de los elementos primordiales,

³ Alfredo Rubione fecha el “nacimiento teórico” de este concepto en 1933, durante la conferencia de Carmelo Bonet titulada “La literatura nativista y la realidad social rioplatense”, en la que “se define ‘nativismo’ como ‘la literatura argentina de asunto campero’ que ‘nace con nuestra literatura y no se interrumpe hasta hoy’” [90-1].

⁴ “He declarado más de una vez que tomo la palabra *indianismo* en su primitivo sentido geográfico, no étnico. La derivó del suelo de las Indias, que dió su nombre al habitante identificado con ella, y no del ‘indio’ que hallaron los

llega a manifestarse en un tipo nacional de cultura. Esa cultura es desde luego una filosofía, vale decir una teoría y una práctica de la historia; y es también un arte, vale decir una representación estética de la vida en su medio local [I, 57].

Ahora bien, para Rojas, el territorio argentino tiene una región predominante (o sea, que impone su carácter), la vastísima llanura o pampa, y varias “regiones periféricas”: “la selva, la cuchilla, el médano, el mar y la montaña” [I, 69]. Por eso, comienza la historia por el producto identificador de la argentinidad: la poesía del y sobre el gaucho, tanto la anónima (de tradición indígena o folklórica), como la gauchesca (de autor conocido)⁵.

Bajo el paraguas del nacionalismo, el regionalismo es parte fundante de la nación. No hay, pues, ningún conflicto. El término es empleado con las acepciones que figuran en el *Diccionario de la lengua española* de 1925⁶: “2. Amor o apego a determinada región de un Estado y a las cosas pertenecientes a ella. 3. Vocablo o giro privativo de una región determinada”.

En esta misma línea, aparece el primer estudio crítico sobre lo regionalista como modalidad literaria: *El regionalismo de Martiniano Leguizamón*, tesis de Martín Alberto Noel defendida en la Universidad de Buenos Aires en 1945 (y publicada ese mismo año por Peuser). Noel agrega semas teóricos al término cuando habla del programa de “regionalismo estético” de Leguizamón.

El Regionalismo es definido como la expresión espontánea y cabal de un “localismo emocional”, o sea, expresión del apego y pasión por la tierra natal o suelo nativo. Entre las características genéricas, se destacan el propósito de configurar “la individualidad del propio terruño”, mediante la “recordación retrospectiva, de cosas, seres, paisajes y hechos”; inspiración en el medio geográfico y en la tradición histórica, la “tersa simplicidad de arte legítimo” y el empleo de localismos [85-126]. Advierte el tesista que “suele ser vicio común a libros de la naturaleza de los aquí analizados cierta cansadora y hastiante monotonía”, vicio que Leguizamón evita por medio de “la alternancia de las situaciones y los tipos presentados” [130]. Noel también advierte los defectos de la narrativa de Leguizamón: “Tales gauchos están un poco idealizados, un poco embellecidos. Y no es difícil averiguar la causa de esta deformación inconsciente: magnificando lo antiguo, Leguizamón empequeñece proporcionalmente lo moderno” [131].

En el Cap. IX: “Desarrollo histórico de nuestra literatura regionalista”, Noel inicia la retrospectiva con el *Facundo* y la concluye con la sintética distinción entre los “dos matices diferenciales” del regionalismo literario argentino: “uno, primitivo y tosco”, atento a “la naturaleza local, aunque peligrosamente emancipado de escrúpulos estilísticos; otro, artístico y pulquerrimo, si bien infiel a veces a la realidad criolla. Al primero pertenecen González, Leguizamón, Alvarez, Payró; al segundo, Lugones [...], Larreta, Güiraldes”, hasta que Ricardo Rojas, con *El país de la Selva*, “dió la solución

conquistadores españoles, aunque no lo excluyo al indio como precursor del gaucho, ni a éste como precursor del criollo actual en su maridaje con la tierra indiana” [Rojas: I, 57, n. 1].

⁵ Interesa destacar que el término “regionalismo” aparece empleado solo unas cinco veces a lo largo de los cuatro tomos (ochos volúmenes), sin ninguna carga teórica.

⁶ Dato de interés: el vocablo “regionalismo” no aparece en diccionarios anteriores.

ecléctica de un arte argentino que involucraba ambas modalidades”. Con esta historia se justifica que Leguizamón sea consagrado “como el más fecundo y cabal escritor regionalista argentino” [185].

En cuanto al origen del regionalismo, Noel explica que es “ulterioridad necesaria del realismo”, o sea, del “nuevo reglamento de una literatura fundada en la realidad”: “el realismo primigenio fue objeto de un gradual parcelamiento en regionalismos multiformes” [186].

El último rasgo regionalista, concerniente a la recepción, aparece en el Cap. X, cuando Noel comenta los textos en los que el entrerriano teoriza sobre el regionalismo artístico [193]: “Aspiraba Leguizamón a crear un arte vivo de popularidad, de cordialidad, el arte democrático de una mayoría nacional que en aquél [el arte] delegase la expresión de sus sentires locales”, “frente a la altanería aristocrática de la minoría modernista” [196-7].

En definitiva, Martín Noel ratifica el concepto fundante, expuesto por González y Leguizamón como poética implícita, y lo asocia al término “regionalismo”.

No habrá cambios significativos en las décadas siguientes. En la *Historia de la literatura argentina* (Peuser, 1958-1960), que dirige Rafael Alberto Arrieta, la cuestión que nos interesa no es abordada sino hasta el tomo IV, *Las letras de la primera mitad del siglo XX*. Julio Noé, en el capítulo “La poesía”, destaca lo regional (americano y argentino) como una temática de la poesía, que permite subsanar un olvido originado “durante la revuelta modernista”: “nuestro país [...] volvía a ser preocupación de todos, amor de todos” [IV, 113].

Algo similar ocurre con el cuento (según el panorama que presenta Luis Emilio Soto); pero este género breve suma a su favor otro factor: la amplia difusión a través de periódicos que llegan hasta los confines pampeanos. Los resultados más notorios son la proliferación de “relatos de toda laya inspirados en temas camperos” [IV, 296] y las acciones *tradicionalistas* que encabeza Martiniano Leguizamón, en “defensa del regionalismo en las letras, sea contra las corrientes modernistas y forasteras, sea contra los adeptos gregarios que ostentaban las vinchas, nazarenas y chuzas de tacuaras como implementos de utilería” [IV, 298]. En el punto XXVI, 1, “El cuento regional”, Soto aporta algunas precisiones no solo acerca del cuento criollista, sino sobre todo acerca del concepto de regionalismo en la historiografía literaria hacia 1960:

Puede intentarse una clasificación del cuento argentino de acuerdo con el vasto escenario dentro del cual se desenvuelve: llanura, montaña, litoral, selva. En cualquier caso la alusión topográfica por sí sola resultará abstracta si el punto de referencia no es el hombre, agente activo y pasivo de la historia. [...] Suelo, clima y paisaje, influyen pues sobre la condición humana y social, la que por su parte transforma la fisonomía del medio [...]. Ahora bien, conviene tener en cuenta esta **acción recíproca entre alma y paisaje**, cada vez que se caracteriza la expresión literaria de la montaña o de la selva [IV, 407-408; el resaltado es nuestro].

Muy sugestivo resulta el título del apartado siguiente: “Tipología porteña”. De este modo, “lo regional” queda centrado en las provincias y no abarca lo porteño, o sea, la capital metropolitana.

Carmelo Bonet se encarga del panorama de la novela y lo organiza también sobre la base de las distintas regiones y provincias, ya que este género, como “documento social”, “ha abarcado todo el ámbito del país” y permite intentar “una geografía estética” [IV, 133].

En el tomo V, cuando desarrolla el asunto de la literatura folklórica, Augusto Raúl Cortazar precisa que “siendo los fenómenos folklóricos localizados por naturaleza, la literatura que los refleja ha de tener carácter regional” [V, 76]. Otro de los aportes interesantes es el empleo del término “ámbito”, en lugar de región o área, “para sugerir la complejidad de los factores integrantes” del mapa folklórico-literario [V, 77]. Cortazar identifica ocho ámbitos: jujeño, noroéstico, cuyano, patagónico, pampeano, litoral, de la selva y central.

1.2.4. La crítica desde la metrópoli

Severos cuestionamientos al Nativismo emergen en la década de 1970 desde una postura sociocrítica muy marcada y desde estudiosos porteños; en particular, los que publican a través del Centro Editor de América Latina. Estos juicios son tan taxativos que han sellado el *destino* de esta poética.

Un texto revelador de esta tendencia crítica es “En torno al regionalismo”, de Aníbal Ford, prólogo de *Cuentos del Noroeste* (1972; colección Historia Popular, 99, del C.E.A.L.), reeditado como “El regionalismo” en el volumen que el propio Ford organiza con el título *Desde la orilla de la ciencia: Ensayos sobre identidad, cultura y territorio* (1987), edición de la que extraemos nuestras citas. En él, habla de la “literatura sobre el interior” de autores que publican en Buenos Aires y que son sobre todo periodistas, durante el período entre 1888 y el Centenario [223].

Según el antólogo, hay dos corrientes en la literatura argentina “sobre el interior”: la urbana (Buenos Aires y sus suburbios) y la rural (del “país rural, incluyendo sus pueblos” [224]); esta última a su vez se bifurca, por un lado, en la “literatura sobre los campos productivos”, “modelo literario oficial y [...] portadora de la mitología nacional”; y, por otro, en “literatura sobre las otras zonas rurales”, las más pobres, literatura “a la cual se aplicará el rótulo del regionalismo, término que indudablemente no es sólo descriptivo” [224]. Ford no duda en afirmar que ambas tendencias, el ruralismo bonaerense y el regionalismo, son “instancias del proyecto político-cultural que desarrolla la oligarquía en esos años” [224] y por el que se impone la cultura de una clase como la de toda la nación y en contra del proletariado urbano, particularmente el del inmigrante. Son sus promotores “el evolucionista Joaquín V. González”, “el tradicionalista Martiniano Leguizamón” e, incluso, “el idealista Ricardo Rojas”, representante de la incipiente burguesía nacional [223]. La finalidad, para Ford, es clara:

La vuelta al campo implica una revisión de las relaciones con el proletariado rural y su cultura, con lo que antes se había menospreciado como “barbarie”. Pero una revisión interesada: se buscará en él al aliado subordinado y obediente,

antídoto del proletariado urbano y de las luchas sociales, y también base electoral ante la inminencia de la Ley Sáenz Peña [225].

En consecuencia, “el paternalismo será uno de los rasgos estructuradores más importantes” [225].

Ajeno a la realidad contextual epistémica de los nativistas, un poco más adelante completa la explicación de ese proceso:

La suposición de que hay un orden natural (la evolución), con su mecánica propia, que determina diferencias entre los hombres, termina justificando “científicamente” el orden social dado: la explotación y subordinación del proletariado rural. Entonces, la “barbarie” deja de ser una realidad impugnadora, que está enfrente, para transformarse en un estadio anterior de la evolución. Jerarquizada y cristalizada así la realidad social se podrá realizar la necesaria alianza con lo nativo [227].

De a poco, el marco teórico del materialismo marxista se hace explícito: lo que Ford reclama al regionalismo oligárquico es que “no se articule sobre la exploración de la situación dependiente y de la sumersión del interior, sino que escamote[e] ambas realidades”; que se niegue al pueblo “como creador de cultura” [226] y que se vea “la dependencia cultural como causa y no como consecuencia de la económica” [230]. Desde este parámetro epistémico prefigurado y prefigurador, debe entenderse el menoscabo al valor de los elementos míticos incluidos en los textos regionalistas:

En el supuesto irracionalismo de esas culturas [primitivas] se encontrará entonces la voz última de esa naturaleza, sus pautas ordenadoras, universales y atemporales, estructuradoras (sin una exploración del significado particular que les confiere el contexto social y económico) de una gran cantidad de relatos regionalistas [...]. El regionalismo pasará entonces por arriba la situación histórica concreta de la región, para adherirse a esas pautas arquetípicas, a ese saber atemporal. Así el “nacionalismo” se transforma en universalismo y, por lo tanto, en una forma de congelar la historia y de defender el *statuo quo*. Esta es la vieja función que cumple en nuestra cultura el mito de una Argentina atemporal [228-9].

Por todo ello, Ford niega cualquier tipo de valor a la corriente literaria en su conjunto, aun cuando intente rescatar algo de Rojas⁷. Continúa la historia con las novedades originadas en nuevas dinámicas sociales (inserción de la clase media en la cultura, desarrollo del periodismo, nuevas afirmaciones del realismo) [232], como el “reformismo” de Roberto Payró, “propuesta didáctica y civilizatoria” que, aun cuando pretenda concretar la restauración del realismo y el compromiso con la realidad circundante –modificando así las pautas del regionalismo anterior–, reinstala en la literatura la dicotomía civilización-barbarie “y con ella el distanciamiento y la minusvaloración de la realidad popular observada” [232-3]. El reformismo, aclara Ford, deriva hacia otras líneas, algunas de las cuales permiten “una mayor solidaridad con lo

⁷ Ricardo Rojas, “si bien confirma y fortalece pautas del regionalismo oligárquico, influirá a través de la crítica a la dependencia cultural y de su conciencia de la dependencia económica, en procesos que, posteriormente, se tornarán conflictivos para ese regionalismo” [Ford: 229-230]; “al no derivar la nacionalización cultural de la económica termina apoyándose en una postulación última de la nacionalidad de índole metafísica y telúrica” [230].

narrado”, como sucede con las de Mateo Booz y Luis Gudiño Kramer [232]; en otros casos, se acentúa la ortodoxia⁸. Por última etapa, Ford presenta el “populismo” de Fray Mocho, quien “comienza, precariamente, a ubicar las culpas donde corresponde, a provocar las primeras fisuras en una concepción de la pobreza originada junto al primer desarrollo capitalista europeo[,] a liberar a la literatura de las presiones del paternalismo oligárquico o del liberalismo reformista” [233].

Finalmente, Ford se concentra en el corpus de la antología, cuyos autores han empezado a producir entre 1920 y 1930 o entre 1940 y 1950. Serían nuevas generaciones regionalistas, pero circunscritas a una región: el Noroeste argentino. Los aportes originales de Fausto Burgos, Juan Carlos Dávalos, Ángel María Vargas y Clementina Rosa Quenel sacuden un poco las reglas de los regionalismos oligárquico y reformista, aunque solo en la medida en que se valora el saber económico de un hombre de pueblo, se refleja la crisis de la oligarquía o la derrota de una economía precaria, se observa lo cotidiano y se articula la historia a partir de tensiones reales y no retóricas [235-6].

La antología se cierra con dos cuentos de Héctor Tizón, que es presentado como uno de los nuevos escritores del Noroeste. Sin darle una denominación precisa al grupo o al momento, Ford reconoce que, ante estas novedades, “el término regionalista, tal cual era usado tradicionalmente, deja de tener sentido” [239].

La caracterización del regionalismo hecha por Aníbal Ford se replica en la *Historia de la literatura argentina: Capítulo* (C.E.A.L.) porque responde al mismo marco teórico, aunque en la historia no está bien precisado. (Anticipamos ahora algunas de las consideraciones de Carolina Cruz en el punto 3). La primera edición de *Capítulo* (1968-1976) está organizada según la evolución de los géneros literarios, sin planteos geoculturales. Por eso, apenas si se menciona el Regionalismo como componente del Criollismo [Jitrik y Dos Santos: 667-72]. Después, en el marco del Realismo tradicional se diferencia la narrativa rural, continuadora de la gauchesca (Martiniانو Leguizamón, Benito Lynch) [Dos Santos]⁹, de la narrativa de la ciudad, de tono social, que muestra el proceso de crecimiento urbano [Lafforgue y Rivera].

En particular, Estela Dos Santos delimita una “estética regionalista” entre fines del siglo XIX y la primera década del XX: narrativa no novelesca, realista en las descripciones, todavía romántica e idealizadora en la tipología de los personajes, escrita por autores que pertenecen a la clase social del estanciero. En este grupo, se incluyen los textos de Joaquín V. González, Roberto Payró, José S. Álvarez, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y Martiniano Leguizamón [889-91], junto con Benito Lynch, quien adopta un regionalismo más realista.

⁸ “Si la cultura de la pobreza, enfoque básico del regionalismo, era mitificada por la corriente oligárquica, esta línea del reformismo verá en ella a la ‘barbarie’, a la causa de los males sociales y buscará desplazarla, reemplazarla por los contenidos de la ‘civilización’. Otra vez la cultura como causa y no como resultado. La imposibilidad de modificar esa cultura en la medida que es producto de una sumersión económica que no se modifica, derivará hacia la frustración y hacia las explicaciones basadas en el evolucionismo u otras instancias en lugar de elaborar a través de su ahondamiento (lo que no significa erigirla en propuesta) la crítica a las estructuras económicas” [Ford: 233].

⁹ El fascículo “Realismo tradicional: Narrativa rural”, a cargo de Estela Dos Santos, se repite en la 2° ed. de *Capítulo* con el número 70.

En el resto de los tres tomos, se comentan sucintamente la “poesía de inspiración provinciana y regional” (Sarlo) [769], las voces poéticas de la década de 1940 “llegadas de las provincias” (Veiravé) [1153] o la superación del “sentimiento regionalista” que logra *La Carpa* (Giordano) [1193].

En la segunda edición de *Capítulo* (1979-1982), aparecen algunos comentarios que problematizan el concepto ‘Regional’. En el fascículo 1, “La novela argentina”, Josefina Delgado opina que “es en el interior del país donde comienza a surgir ese equívoco que llamará literatura regional a todo lo que no se escriba en Buenos Aires” [15], aunque no proporciona las fuentes de tal afirmación. En cuanto a “La narrativa en las provincias”, distingue la regionalista basada en la descripción de paisajes, personajes y costumbres (década de 1920) de otra posterior, que no puede ser pensada como regional porque “no depende de especificaciones geográficas” [17]. Para Delgado, el quid de la problemática depende en gran medida del lugar de publicación y de la recepción de esos textos en la capital argentina.

En el fascículo siguiente, dedicado al cuento, Beatriz Sarlo atiende a dos modalidades producidas en las provincias: por un lado, la que recrea y funda al mismo tiempo una mitología tradicional y que, por ello, “merece la designación de regionalista” [34], como la de Juan Carlos Dávalos; por otro lado, la de Luis Gudiño Kramer o de Mateo Booz, que se basa en una “percepción realista moderna [...] fuera del ámbito del regionalismo exterior y folklorista” [1968-1976b: 39]. Sarlo relaciona estos tipos de producciones con la situación económica, marginada, de las provincias (sobre todo, las del norte argentino).

La “cuestión de la literatura regional” aparece en el fascículo 66, “Juan Carlos Dávalos: La literatura del noroeste argentino”, en el cual Alejandro Fontenla da la definición de regionalismo como supuesto teórico (que hemos transcrito más arriba), aun cuando considera tarea ardua determinar “su validez y universalidad, sus logros específicos y sus hallazgos”. Además, reconoce a Aníbal Ford como un primer antecedente de la cuestión y lo parafrasea al explicar que existen “dos zonas bien delimitadas: la región de los campos fértiles y productivos, especialmente la llanura bonaerense [...].

Y otras regiones, menos optimistas en relación a su productividad y fertilidad, entre las cuales se incluye el noroeste argentino, para cuya literatura se reservaría el rótulo de *regionalismo*, con lo cual el término no tendría sólo valor descriptivo, sino que asumiría un carácter valorativo” [481].

Este carácter valorativo, observa Fontenla, remite al “cristalizado prejuicio que desvaloriza esta producción” [481]; prejuicio basado en “las pautas urbanas” de la valoración cultural, por las que se asocia lo regional a lo rural y, por ello, se lo margina. El propio Fontenla, aunque sin proponérselo, ejemplifica las ambigüedades semánticas al decir que hay una tradición literaria que busca “elaborar una actitud y una estética en el contacto con el territorio interior, con los diversos ámbitos rurales, incluyendo ciudades y pueblos” [481]. Se evidencia, entonces, tanto en Ford como en Fontenla, la concepción centralista que engloba el “interior” del país como un solo ámbito, el campo, mucho menos productivo que la ciudad por antonomasia, Buenos Aires.

Otro aporte de Fontenla es una propuesta de periodización, que aprobarán historiadores posteriores, aunque a veces con valoraciones diferentes sobre la literatura producida en cada etapa:

- 1) Desde fines del siglo XIX y los textos de Joaquín V. González, hasta la década del primer Centenario: rescate de lo vernáculo (“arte nativo”) para la configuración de lo nacional; narrativa caracterizada por el tradicionalismo, el pintoresquismo, la exuberancia, el énfasis y una actitud paternalista;
- 2) Entre 1920 y 1940, la “segunda generación”: literatura con sentido de “pertenencia natural, raigal y continua, del escritor hacia su medio”, más realista y hasta desmitificadora; “liberada del nacionalismo dogmático”, sin el “enmascaramiento pintoresco” [484];
- 3) A partir de 1940: escritores “portadores de una nueva visión del mundo y de una nueva concepción del oficio literario” modernizan las técnicas narrativas y el instrumento expresivo [481-485].

Carolina Cruz, en su respectivo capítulo de este mismo volumen, proporciona más detalles acerca de los comentarios sobre el Regionalismo en esta historia literaria. Solo como una nota final, advertimos que, en líneas generales, se asocia calidad narrativa a realismo (verismo) y denuncia: si se observa con empatía a grupos sociales marginados (clase baja, trabajadores u obreros, gauchos, indios, etc.) es un costumbrismo-regionalismo valioso (por ejemplo, el de Fray Mocho); si, en cambio, el narrador observa a esos grupos con interés pero no con empatía, se presume superficialidad (incapacidad para entender al personaje “desde adentro”), parcialidad y aun cierto desprecio (mirada burguesa) en el escritor. En otras palabras, para los historiadores de *Capítulo* todo escrito que no proponga una tensión cuestionadora con lo establecido (social y estéticamente hablando) no es ni puede ser buena literatura.

En la misma línea ideológica, se ubican los numerosos trabajos de Eduardo Romano. En su estudio preliminar a *Narradores argentinos de hoy, I* (1971), de la clásica colección G.O.L.U. (Kapelusz), “arriesga” una sistematización del cuento argentino. Empieza por el regionalista, que aparece a fines del siglo XIX:

La actitud del narrador consiste en recortar un trozo de mundo característico cuya particularidad geocultural condiciona personajes, sucesos, situaciones, y “traducir” en palabras su peculiaridad [1971: 10].

Luego de un breve panorama histórico, Romano subdivide la actitud regionalista, “de acuerdo con los valores que se desean destacar en cada caso y con el progresivo alejamiento de aquellas formas más cercanas al origen oral no artístico”, en el cuento tradicionalista y en el regional pintoresquista. En el primero, los autores buscan subrayar y proteger “usos, costumbres, tipos, actos y gestas que consideran pilares en la constitución de nuestra nacionalidad” [11], especie de “actualización del mito de Anteo” [13]. El segundo tipo se “muestra libre de preocupaciones ideológicas, entregado de lleno a la extracción y puesta en relieve de paisajes, circunstancias o tipos peculiares. Ávido de interesar por ellos al lector, no vacila en vincularlos directa o indirectamente con su

experiencia personal, que juega como prueba de verdad”; por ello, puede subclasificarse en descriptivo, anecdótico y evocativo [13].

En las otras clases de cuentos –el humorístico, el regionalismo satírico, el reformismo sentimental y naturalista, el reformismo pedagógico– también se observan “formas literarias sujetas a las apariencias de la región o de la sociedad, sin autonomía significativa desde el momento en que su función se limitaba a contornear un significado provisto desde afuera” [26]. No ocurre así en el cuento dramático, en el cual “la realidad aparece interpretada a través de fuerzas que se encarnan y oponen con una dinámica que no escatima angustia al lector ni ahorra riesgos al escritor mismo” [26]. Esas fuerzas o “variables” son cinco: “hombre – naturaleza – animal – adversidad – cultura” [29]. Como ejemplo de cuento dramático, Romano cita *El viento blanco*, de Juan Carlos Dávalos, texto representativo de lo que luego se denominará Segundo Regionalismo. Podemos concluir, por ende, que esa dramaticidad es la diferencia sustancial entre los dos momentos regionalistas.

En trabajos posteriores, Eduardo Romano reconoce el regionalismo como una poética, el Nativismo:

Esta poética tiene sus propios criterios de representación: preeminencia de lo descriptivo frente a la narración; idealización del vínculo entre patrones paternos y subordinados fieles –sean negros esclavos o redimidos, sean gauchos peones–; celebración de rituales o festividades arcaicas adaptadas y decantadas por el clero o las autoridades civiles; exaltación eglógica de las tareas campestres, despojadas del esfuerzo que implican [2004a: 600].

Esta poética se completa con la ubicación temporal (1887-1926) y la identificación política, a partir de la cual Romano pretende *desenmascarar* las intenciones de los nativistas:

Creo que se trata de una táctica complementaria del liberalismo económico, en el momento de la definitiva integración del país al mercado capitalista internacional.

Sabemos que esa integración estaba subordinada, a su vez, a los intereses británicos. Nada mejor que acompañarla de una propuesta cultural que reforzara lo que González entendía por “alma nativa” [...]. De paso, exaltar y celebrar el “alma” servía de coartada para no reparar demasiado en el cuerpo de los virtuales portadores de dicha cultura autóctona, bastante maltrechos ya por la miseria que produjeron las luchas civiles, el centralismo porteño y sus propias oligarquías provinciales [2004b: 165-6].

Siguiendo a Ford, diferencia tres tendencias: 1) la nativista, que se extiende hasta la década de 1940 con Guillermo House y Daniel Ovejero, o la que modulan los escritores anarquistas (Ghiraldo) y de izquierda, quienes denuncian las malas condiciones de vida y de trabajo en algunas regiones, como el Litoral, en la década de 1940; 2) el reformismo pedagógico de los comunistas (décadas de 1930 a 1950), entre los que destaca a Luis Gudiño Kramer; 3) las “voces intermedias” o “líneas heterodoxas” de Liborio Justo, por un lado, y del “versátil” Pablo Rojas Paz, por otro [2004a: 610-9]. Finalmente, Romano resume el *acta de defunción*:

La narrativa regionalista, construida sobre esquemas del nativismo-criollismo o del reformismo pedagógico, comenzó a agonizar hacia 1950, aunque ya algunos escritores habían señalado otros rumbos para narrar la problemática de su –o de una– región con anterioridad. Factores literarios, pero también socioculturales, como la irrupción cada vez más notoria de un imaginario provisto por el periodismo, la radio y el cine, con abundantes componentes transnacionales, aceleraron su extinción o una sobrevivencia inexorablemente epigonal [2004a: 623].

En la más reciente, la *Historia crítica de la literatura argentina* (Emecé, desde 1999), que dirige Noé Jitrik, el Regionalismo parece ser un fenómeno pasado, superado por nuevas formas, aunque nunca se lo define, ni se determina su ubicación histórica inicial. Recién aparece mencionado en el volumen 6, como uno de los “territorios vecinos del imperio realista” [Gramuglio 2002b: 9]. Llama la atención que no se lo relacione con el Nativismo, como en *Capítulo*. Alfredo Rubione, en “Retorno a las tradiciones” (vol. 5), ha precisado la historia de términos literarios referidos al gaucho como sujeto social, no como tipo de una región: gauchesca, moreinismo, nativismo y criollismo. En cuanto al Nativismo, pone el acento en su carácter tradicionalista y político, por lo que queda lejos de un planteo regionalista¹⁰. Ya en “El imperio realista” (vol. 6), Nora Avaro analiza las peculiaridades de los “cuentos de monte” de Horacio Quiroga –sobre todo, la “experiencia límite” del medio–, que los diferencian del regionalismo, que “vuelve genérica y arbitraria” la vinculación entre ambiente y carácter” [195].

Un poco más adelante, Sergio Delgado retoma la periodización de Fontenla para concentrarse en la segunda generación (Juan Carlos Dávalos, Justo P. Sáenz, Amaro Villanueva y Mateo Booz):

A diferencia del regionalismo que lo antecede, de remembranza, de recuperación de la comarca natal perdida (con un evidente tono nacionalista y romántico: Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Martiniano Leguizamón, incluso el mismo Lugones), los escritores a los que se refiere este trabajo *viven* la región de su literatura, es decir, la escriben en el presente, asumiendo con comodidad los postulados del realismo novecentista, como si pudieran ignorar lo que había pasado y estaba pasando a su alrededor [346].

Según estas palabras, el grupo de escritores “escribe en el presente”, pero con formas anticuadas que le impiden ver ese presente. Delgado, en verdad, está asociando Regionalismo con Realismo y este, con un discurso no solo verista y actualizador, sino también productor de “conocimiento empírico”, que lo aferra al presente. Incluso, aclara que “parece redundante decir realismo y región”, que es un “pleonasma” [347]. No obstante, intenta una definición de literatura regionalista. Primero recupera solo los prejuicios –“literaturas marginales que no han trascendido sus ámbitos y conseguido un adecuado reconocimiento del ‘centro’, o que no han alcanzado ciertos logros formales”

¹⁰ “En definitiva, ‘nativismo’ es, por un lado una línea de la literatura argentina caracterizada por el ocultamiento estetizante de un conflicto social que está en la base de la literatura gauchesca y, por otro, un conjunto de obras cuyo rasgo general pareciera ser la estilización de los procedimientos de un género [...]”; proceso que se produce en el Río de la Plata entre 1875 y 1915 [Rubione: 93].

[347]–, por lo que la delimitación no le sirve para caracterizar a los autores que estudia en el capítulo, cuyas escrituras –dirá en la conclusión– resultan “distintas modulaciones de lo mismo: la ardua fundación de una mirada puesta sobre el color local” [364]. Luego, Delgado apela a las palabras de otros narradores, posteriores en el tiempo y en la evolución del concepto, y “en alguna medida también ‘realistas’, como Juan José Saer, Héctor Tizón y Antonio Di Benedetto” [346], aun cuando lo regional les pese “como seducción, amenaza o condena” [347]:

La región es la cuna. [...]

Entre el lugar natal, que liga al escritor a su pasado, y la escritura, cuyo desarrollo lo proyecta al futuro, la región es un conjunto presente de temas, voces y objetos, del cual, si acaso todavía no ha entregado sus secretos, ha dejado al menos de encubrirlos. [...]

[...] habitar el desierto y escribirlo haciendo de él, como objeto de conocimiento, algo a un tiempo propio y extraño [347-8].

Así Delgado anticipa el dilema que enfrenta Martín Prieto (en el vol. 10): cómo *ubicar* a escritores nacidos en cualquier provincia, de la que no reniegan, pero a la que no retratan como centro de la narración; escritores que, sobre todo, renuevan la forma de relacionarse con el medio a través de nuevas formas literarias.

En el volumen 7, “Rupturas” (dirigido por Celina Manzoni), hallamos un estudio muy pertinente: “Imaginando el norte: De letrados a poetas”, de Carmen Perilli, quien no problematiza el concepto sino, por el contrario, lo muestra en su operatividad. Es evidente su contacto íntimo con la literatura del NOA por ser tucumana y docente-investigadora radicada en Tucumán. El capítulo resume la actividad cultural fecunda de una región –el Noroeste argentino– entre las décadas de 1910 y 1950, que abarca desde las revistas culturales, las sociedades o grupos, proyectos literarios diversos (folklóricos, poéticos), publicaciones individuales, hasta la creación de la Universidad Nacional de Tucumán y, en particular, de la Facultad de Filosofía y Letras. Un programa cultural, fundado por la Generación tucumana del Centenario, que “sostiene con firmeza la necesidad de considerar que el Norte Argentino es no sólo una región geográfica sino también cultural” [513]; afirmación que se irá matizando en los años siguientes, cuando al “regionalismo oligárquico” es reemplazado por otro “atribuible a las clases medias” [528]. Perilli explica las distintas tensiones que, durante ese período, surgen, se estabilizan, se cruzan con otras opuestas, pero casi nunca se disuelven: lo regional / lo nacional / lo porteño, lo local / lo universal, el folklore oral / la herencia hispánica / la conservación letrada criolla, lo tradicional / el cosmopolitismo modernista, lo popular (dinamizante) / lo canonizado (estatizante); y muy especialmente la inevitable tensión entre cambio y permanencia: “El desafío mayor de la renovación literaria se le presenta al regionalismo: resguardar valores y tradiciones y, al mismo tiempo, trasmutarlos y trasladarlos a nuevas estructuras literarias, equivalentes pero no asimilables. Se trata de resistir la aculturación sin dejar de aprovechar las aportaciones de la modernidad” [528].

En la conclusión, Perilli sintetiza este proceso:

La Generación del Centenario, sin dejar de lado sus intereses de clase, proyectó una región cultural sentando las bases del Tucumán moderno. [...] En

Santiago del Estero, en la conjunción de vanguardia y regionalismo, surgió una lectura distinta. [...] El lugar de la literatura cambia por la acción de revistas como *Cántico*, *Tuco* y, por fin, la constitución del grupo La Carpa. La juventud de clase media se apropia de la palabra para acercarse al canto del pueblo, en una propuesta neorromántica y populista. [...] De la región cultural proyectada por el Centenario quedan magníficos archivos patrimoniales, hoy deteriorados; del grupo La Carpa, un imaginario poético regional que impregna, desde hace tiempo, la literatura [534-5].

Del volumen 9, “El oficio se afirma”, dirigido por Sylvia Saítta, interesa el capítulo “Culminación y crisis del regionalismo literario”, en el que Eduardo Romano [2004a] amplía el corpus, extendiéndolo en el tiempo, y ratifica su valoración, como indicamos más arriba.

En el volumen 10, Martín Prieto [“Escrituras de la ‘zona’”] ratifica la evaluación anticipada por Delgado respecto de Antonio Di Benedetto, Daniel Moyano, Juan José Saer y Juan José Hernández:

[...] grupo de narradores, nacidos y criados en las provincias argentinas quienes [...] deciden [...] revisar las convenciones del regionalismo provincial, privilegiando en sus obras el ambiente, el paisaje, los tipos, las modalidades del habla y las costumbres de un determinado lugar, de una determinada región, pero, a su vez, otorgando en el relato singular relevancia a las elecciones compositivas; obtienen, de este modo, un producto que elude la pura referencialidad, el documentalismo, el pintoresquismo, el folklorismo y el costumbrismo para instalarse en la tradición iniciada en la literatura argentina por Horacio Quiroga [...] [343-4]

Escritores que, según Prieto, mediante valiosos gestos de ruptura, “se levantan contra la ‘siesta provinciana” [354; Molina 2017] y, al mismo tiempo, quieren “construir una poética narrativa desde el interior del país enfrentándose, por un lado, a la narrativa ‘de Buenos Aires’ [...] y, por otro, a las convenciones pauperizadas de la literatura del interior, regionalista, que reclamaba un lugar en la literatura argentina concedido más como un acto de justicia política que literaria” [345]. Con estas palabras, se solidifica un juicio de valor menospreciador de los primeros regionalismos, cuando lo descripto (ambientes, costumbres, tipos) era más importante que lo narrado; también, de cierto modo, se identifica literatura regionalista con literatura de poco valor literario. Pero, al mismo tiempo, y gracias a la calidad y la originalidad de Di Benedetto, Moyano, Saer y Hernández, esta “escritura de la zona” –a la que Prieto considera inadecuado denominar literatura del interior o regionalista– potencia el referente “por la vía de una intensificación poética” e indica que “la llamada literatura argentina se lleva a cabo en toda la extensión del país a partir de un trabajo constante en el trazado de redes de significación en las que reside su identidad” [354].

Enrique Foffani y Adriana Mancini, en el volumen 11, consideran que en la historia literaria “el término *regionalismo* es anacrónico frente a la modernidad o es retrógrado de espaldas a ella” y observan que en el último tercio del siglo XX se produce una transformación del Regionalismo, más precisamente de la ficción regionalista, para la

que retoman la denominación de Sarlo: “regionalismo *no* regionalista” [261]. Reconocen, en definitiva, la “insuficiencia conceptual” de los términos y la importancia de atender la forma de aparición de los conceptos en el transcurso de la historia: “De allí que situar *la noción de regionalismo*, que la crítica a menudo ha descripto como improductiva, nos haya permitido extraterritorializarla, liberándola del lugar remanido en donde estaba: del lugar común” [262]. No obstante, Foffani y Mancini establecen un nuevo límite al Regionalismo porque lo comparan con la poética universalista del Modernismo –“El Modernismo desalienta el paisaje decorativo, pintoresquista, local, provincial, comarcano, como si le cortara al terruño su cordón umbilical o le abriera las fronteras a los confines del universo” [262] – y con las culturas extranjeras, por lo que aquel ha resultado retrógrado y ciego (cerrado al universo) a causa de su pintoresquismo y color local [263]. También proponen una forma de superar esas dicotomías: “Leer el universo desde la región”, “apropiación que desregionaliza pero, como apunta certeramente Ángel Rama, sin *renunciar al alma*” [263]. Después de estas aclaraciones iniciales y bajo el título de “Más allá del regionalismo”, Foffani y Mancini comentan la narrativa de Juan José Saer y Héctor Tizón, a los que se suma Haroldo Conti en un apéndice de Néstor Restivo¹¹.

Tras esta mirada panorámica, podemos concluir que los esfuerzos por historiar la literatura argentina como conjunto, esfuerzo constreñido por la linealidad de la narrativa historiográfica y un espacio gráfico limitado, perjudican al corpus reunido bajo un rótulo “literatura regional”, de diversa calidad e importancia. Si como literatura argentina debe considerarse la que ha alcanzado renombre nacional, los textos de menor trascendencia quedan desubicados. Quizás la respuesta al dilema sea la más evidente: que la historia literaria nacional no es el mejor discurso para destacar tantos textos que han impulsado la cultura de comarcas más o menos extensas.

1.2.5. La crítica desde la “periferia”

El debate más sustancioso sobre la problematicidad de los conceptos Literatura Regional y Regionalismo se inicia y se desarrolla en ámbitos académicos no porteños (generalmente, bastante alejados de Buenos Aires), o sea, en los mismos ámbitos donde se producen esos textos literarios que hablan de la comarca o que son escritos por los convecinos, pero que no aparecen en la historiografía literaria nacional. Estudiosos universitarios de distintas zonas del país, individual o grupalmente, deciden ampliar el corpus de lectura y de investigación, analizar textos y metatextos, cuestionar y proponer nuevos enfoques.

La denominamos “crítica desde la *periferia*” por varios motivos: a) la crítica producida a lo largo y ancho de la Argentina también se produce y se (minus)valora desde el paradigma dicotómico de lo nacional / lo provincial¹²; b) buena parte de los críticos literarios de ese *resto* se autositúan (con no poco orgullo) en la *periferia de lo nacional*, ejerciendo el derecho

¹¹ En el volumen 12, “Una literatura en aflicción” (2018), dirigido por Jorge Monteleone, no hallamos disquisiciones teóricas significativas.

¹² Más precisamente, deberíamos hablar del *eje* portuario-cerealero (sobre todo Buenos Aires-Rosario-La Plata) vs. el resto.

a una crítica independiente (incluso latinoamericanista), aun cuando este situarse –a veces– se fundamenta en un marco teórico muy similar al de la crítica metropolitana.

La historia de esta crítica (acompañada por unos pocos proyectos historiográficos)¹³ no es homogénea, sino que se va dividiendo como las ramas de un árbol corpulento, según los enfoques elegidos por los investigadores. Las líneas troncales son marcadas por los *maestros*: Zulma Palermo (NOA), Jorge Torres Roggero (Córdoba) y Gloria Videla de Rivero (Cuyo).

Esta *otra* particular historia tiene un hito originario en el Simposio de Literatura Regional, organizado por la Universidad Nacional de Salta en 1978. El debate se funda en la seguridad de que existe una literatura que merece ser estudiada, pero se duda acerca de cómo denominar al nuevo objeto de estudio.

Gloria Videla de Rivero toma la posta y en 1984 publica “Las vertientes regionales de la literatura argentina”, artículo que expone su preocupación teórica. Además, secundada por Marta Castellino, Gustavo Zonana, Fabiana Varela, Dolly Sales, Hebe Molina y otros docentes investigadores de la Universidad Nacional de Cuyo, funda el Centro de Estudios de Literatura de Mendoza (CELM) en 1987, dirige el proyecto “Literatura de Mendoza: Espacio, historia, sociedad” (Proyecto de Investigación Plurianual, Conicet), gracias al cual se publican tres volúmenes con ese mismo título, entre 2000 y 2003; funda la revista *Piedra y Canto* (2003) y preside la organización de las cuatro Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas (Mendoza, 2002, 2006, 2010, 2016), cuyos resultados más sobresalientes son difundidos mediante los dos tomos de *Literatura de las regiones argentinas* (2004, 2007) y el CD ROM *Hacia una visión integral de la literatura argentina*.

Paralelamente, en Córdoba se gesta otro debate desde *Silabario: Revista de Estudios y Ensayos Geoculturales* (2004), presidido por José Torres Roggero, con Pablo Heredia, Domingo Ighina y Andrea Bocco, principalmente.

Ya en el siglo XXI, se multiplican las distintas actividades –creación de centros, proyectos de investigación, jornadas o simposios específicos, seminarios, cursos, además de cátedras dedicadas a la literatura regional–, gracias a las cuales se han ido tejiendo redes institucionales. La más fuerte es la federal Red Interuniversitaria de Estudio de las Literaturas de la Argentina (RELA), nacida 2008 en Salta gracias al impulso de Amelia Royo y el Instituto de Investigación en Literatura Argentina e Hispanoamericana “Luis. E. Soto”. La continúan, en su carácter de coordinadoras generales, María Ester Gorleri (Formosa, 2011-2012), Alejandra Nallim (Jujuy, 2013-2014), Fabiana Varela (Mendoza, 2015-2016) y Liliana Massara (Tucumán, 2017-2018)¹⁴.

Diversos programas del Ministerio de Educación nacional, destinados a apoyar actividades de investigación y de fortalecimiento institucional de las universidades nacionales, han favorecido los estudios regionales pues, aunque con fondos limitados, han promovido el trabajo en equipo y la direccionalidad de las investigaciones hacia los

¹³ *Historia de las letras en Catamarca* (4 vols., 1991), dirigida por María Rosa Calas de Clark; y *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza* (3 vols., 2013-2015; en 4° en prensa), dirigido por Marta Elena Castellino.

¹⁴ Ha sido elegida para coordinar RELA por el período 2019-2020 la Prof. María Inés Laboranti, de la Universidad Autónoma de Entre Ríos.

temas más “prioritarios” según los distintos contextos. Entre estas siempre discutibles prioridades, la literatura de los comprovincianos se yergue altiva y polémica. Uno de los proyectos más destacados e innovadores, sobre todo porque origina la experiencia casi única de un equipo constituido por investigadores de tres universidades, es “Fomento de la investigación interinstitucional sobre la literatura del Noroeste Argentino”, dirigido por Raquel Guzmán de Dallacaminá, de la UNSalta; Alejandra Nallim, de UNJujuy; y Liliana Massara, de UNTucumán (subsidiado por el PROHUM I, programa de la Secretaría de Políticas Universitarias, del Ministerio de Educación de la Nación Argentina). Otro fundamental es “Las literaturas de las provincias y las regiones argentinas en contacto: condiciones para la articulación del sistema literario con sentido federal”, proyecto de fortalecimiento institucional, SPU, 2012, dirigido por María Ester Gorleri (UNFormosa), gracias al cual se afianza RELA.

Sin duda, el ámbito privilegiado para los debates regionalistas ha sido y es el de las reuniones científicas; por eso, Fabiana Varela les dedica el punto 2, en el presente volumen, a las actas del pionero Simposio salteño, de las Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas y de la serie de jornadas realizadas en el NOA por las Universidades Nacionales de Salta, Jujuy y Tucumán, entre 2010 y 2012, publicadas con el título *La literatura del Noroeste Argentino: Reflexiones e investigaciones*.

A esta lista habría que agregar los últimos Congresos Nacionales de Literatura Argentina (Mendoza, 2007; Córdoba, 2009; Resistencia, 2011, Comodoro Rivadavia, 2013; Paraná, 2015; Formosa, 2017)¹⁵, en los que hubo paneles dedicados a esta problemática; y las Jornadas RELA (Tucumán, 2018).

Estos encuentros han producido dos resultados: por un lado, el establecimiento de redes profesionales; en particular, RELA; por otro, la demostración de cuán diversas son las perspectivas teóricas desde las cuales se puede enfocar la problemática. Esta variedad origina, a su vez, diferentes *regiones* académicas, emparentadas con las universidades nacionales y, de algún modo, con sus denominaciones: Córdoba, Cuyo (luego dividida en tres: Cuyo, San Juan y San Luis); Tucumán, de la que se desprende Salta (cuyo lema es elocuente: “Mi sabiduría viene de esta tierra”); Jujuy, Catamarca, Nordeste, Formosa, Misiones, Litoral, Patagonia San Juan Bosco, La Pampa y la Autónoma de Entre Ríos, entre las más dedicadas a estos asuntos¹⁶.

El trabajo en red no implica uniformidad de enfoques ni de conceptualizaciones. Por ello, resumimos los aportes variados (y *federales*) agrupándolos según el eje epistémico primordial que los guía, criterio que también muestra la evolución en estos estudios.

1.2.5.1. La crítica integradora

Con esta denominación caracterizamos a los estudios que se preguntan por el sentido de la literatura regional, movidos por el afán de incluir a autores locales en los panoramas

¹⁵ El próximo, el XX, se realizará en setiembre de 2019, en Santa Rosa (La Pampa), con una variante en el título: Congreso Nacional de Literaturas de la Argentina.

¹⁶ La importancia de las universidades nacionales en la regionalización literaria es destacada por Bernardo Canal Feijóo ya en 1978 [18]. Es indispensable aclarar, además, que el lugar de residencia y de estudio no es condición *sine qua non* para ubicar a cada estudioso en un tipo de crítica, porque además son tipos de modos de encarar el estudio, enfoques epistémicos. Hay críticos provincianos que publican en volúmenes porteños, hay porteños que entienden y valoran la producción no porteña.

literarios canónicos y de establecer cómo funcionan sus textos –poco visibles en la metrópoli– en el polisistema literario argentino. Se da por sentado que existe una “literatura nacional” como un conjunto definido, pero al que le falta una parte: las literaturas regionales. Para ello, se propone un cambio de perspectiva desde la cual la literatura argentina se entienda “como haz de aportaciones individuales y sociales en la configuración colectiva de nuestra literatura, una constelación de textos donde el discurso regional sea leído en función integrativa dentro del discurso general de la literatura nacional” [Serra: 56]. Gloria Videla precisa:

Esta labor crítica aportada por las propias regiones, ya está en avanzado grado de realización, aunque aún sea mucho lo que resta por hacer, tanto en las visiones panorámicas como en calas monográficas. [...] Hoy todas las regiones autoexaminan sus producciones, pero es insuficiente aún el tejido de una red integradora [...] [2004: 7-8].

Este tipo de crítica comienza por aclarar que existe una literatura regional, explica en qué consiste o qué textos abarca, establece diferencias respecto del regionalismo, pero sobre todo presenta y devela esas obras menos difundidas, cuya importancia literaria conocen solo los convecinos.

En el Simposio de Literatura Regional (Salta, 1978), ya mencionado, la distinción entre Regionalismo y Literatura Regional se hace en términos de objetos de estudio: el primero es “la versión de una realidad dada por quien la expresa y la vive en tradición y actualidad”, mientras que la segunda solo vale “como producción de tal región” [Ara: 10].

María Delia Paladini entiende la poética del regionalismo como un desgranamiento de la búsqueda de lo nacional y una “aprehensión de peculiaridades diferenciadoras relevantes”:

Con ellas se particulariza un sector claramente localizado de una unidad mayor. [...] Cada región tiene un tono, un matiz. El artista regional es aquél que tiene oídos para ese tono y ojos para ese matiz. El artista que siente “la intensidad de lo peculiar”. El que siente simpáticamente ese micromundo [47].

En general, los expositores coinciden en que la poética regional se basa en la interrelación entre paisaje, hombre y lengua, pero también en la forma de ver y transmitir dicho paisaje [Isaacson; Paladini; Serra]. Bertha K. de Abner, María Cristina Krause y Bertha V. de Klement, por su parte, optan por un concepto geográfico integral, “una teoría estructural de las regiones que las concibe como sistemas relacionales organizados solidariamente” [30], del que resulta que “toda literatura es regional, ya que surge de un específico entramado de rasgos naturales y humanos” [32]¹⁷.

Subyace la cuestión de la identidad argentina: se reclama para las regiones cierta prerrogativa respecto de “lo nacional” pues en el componente regionalista el autor privilegia lo propio (“color local”), que siempre es identitario (diferenciador respecto de los *otros*). Por ello, la preocupación de los críticos integradores se centra en si la mirada local y localista no contribuye a marginar lo regional dentro de lo nacional y si no

¹⁷ Estas investigadoras estudian los caracteres descriptivos de un corpus de literatura regionalista sanjuanina desde dos grandes ejes: el temático (sistemas secuencial, actancial y contextual) y el retórico (sistema estilístico y el de la construcción), que les permiten “extraer semas pertinentes de la narrativa regional cuyana” [K. de Abner, Krause y V. de Klement: 25-6].

provoca un ámbito de recepción también acotado, por lo cual los textos regionales (regionalistas) no trascienden las fronteras geográficas, ni las canónicas.

Esta es la perspectiva de Gloria Videla de Rivero, quien retoma las preguntas acerca de la literatura regional. Para sus propias conclusiones, se basa en una “concepción organicista” [2004: 10], según la cual cada región es un órgano de ese cuerpo que es el *todo nacional*, órgano que “cumple una función irremplazable” [9]. Siguiendo a Bernardo Canal Feijóo, Videla advierte que es falacia “delimitar la literatura regional de la nacional ya que una literatura es regional y *es nacional*” [9]¹⁸. Su concepto de Literatura Nacional le permite esta relación: “La literatura nacional implica, pues, una conciencia de unidad en la pluralidad, de representatividad de lo particular en lo general, de afinidad y cohesión de lo múltiple en lo uno, de rasgos comunes que se abstraen de una realidad variada” [1984: 16]¹⁹. Pero, al definir Literatura Regional, recurre a fundamentos ántropo-geográficos, según los cuales el ámbito geográfico-cultural condiciona la escritura:

Literatura regional sería el conjunto de creaciones literarias que se escriben en una determinada zona del país con determinadas peculiaridades que pueden influir en el escritor, como el clima, el paisaje, la flora y la fauna, los cultivos, la economía, la raza, la lengua, el legado histórico, la tradición cultural y folklórica [...] [17].

Luego, agrega esta aclaración:

Dentro de ella se puede dar la más amplia gama de vocaciones individuales, desde el rescate de lo tradicional, histórico o folklórico hasta la literatura intimista, psicológica y fantástica, con connotaciones regionales o sin ellas, pasando por la captación de paisajes, ambientes y costumbres urbanas o rurales de la zona o de otros ámbitos o por el tratamiento [...] de su problemática social [18].

Con esta apostilla, se abre la conceptualización a todo lo producido en una región, por lo que Videla misma recomienda hablar de “literatura de la región o de la provincia, más que de una literatura regional” [18, n. 7]. Esta ambigüedad se justifica en el problema medular que plantea la estudiosa mendocina: “ha llegado la hora de revertir la propuesta del país focalizado únicamente en Buenos Aires”. Por ello, define: la creación literaria “es primaria y básicamente regional y –en su conjunto– nacional” [25]. Obsérvese que reafirma la noción de que Literatura Regional remite a un “conjunto” y no a la obra individual, texto que es influido por la región, pero que no se reduce a ella.

Si el simposio salteño es el primer eslabón de esta crítica, continúan la cadena las Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas, que se proponen una evolución conceptual, según reconoce Gloria Videla: “Se ha avanzado desde el enfoque analítico fragmentado y regionalista a la consideración de las regiones en una búsqueda de integración [2004: 10].

¹⁸ Videla se basa en un diagnóstico claro: “las literaturas regionales acaban siendo entes casi inexistentes pero que sin embargo existen, vertientes que al entrar en el mar de la literatura nacional acaban no sólo diluyéndose, sino aniquilándose a sí mismas o –en el mejor de los casos– entregando al acervo nacional sus mejores frutos y reteniendo para sí sus partos más mediocres o deleznales. [...] ¿no será que el ángulo de delimitación entre lo regional y lo nacional es de alguna manera falaz? Cuando la obra regional es valiosa, cuando logra difusión en el país y en el mundo, parece que deja de ser regional para convertirse en nacional [...]” [1984: 14-5].

¹⁹ La *unidad en la diversidad* es, según Marta Castellino, “rasgo definitorio de nuestra identidad cultural, entendida como un todo no homogéneo pero sí armónico de diversas fisonomías regionales” [2007: 8].

Fabiana Varela, en este mismo volumen, advierte que el simposio salteño se produce en el contexto de la dictadura militar: “En este contexto no resulta extraño que las reflexiones vertidas en torno a lo regional insistan en el concepto de ‘lo nacional’ y en definiciones esencialistas”. Similarmente, las primeras jornadas mendocinas se realizan poco después de la crisis institucional y económico-social de 2001-2002, cuando rebrota un sentimiento nacionalista frente a la globalización.

Desde estas perspectivas, resulta importante la relación entre folklore, literatura folklórica y regionalismo. Además del tratado fundante de Raúl Augusto Cortazar (que ya comentamos), destacamos a María Fanny Osán de Pérez Sáez, quien considera pertinente su estudio porque las tres modalidades comparten la misma cultura, sobre todo, “la lengua y la memoria de origen, sustractual o histórico” [148].

Osán también delimita tres regionalismos, que enumeramos teniendo en cuenta el nivel creciente de calidad artística que les reconoce la estudiosa salteña: 1) el regionalismo exterior superficial, reducido a “la pintura de ambientes típicos o tipificados, estereotipos del hombre de campo y falsos o exagerados dialectalismos”; 2) el “*regionalismo exterior profundo*”, “cuando el escritor expresa con hondura y su representación del mundo inmediato es un desafío a la búsqueda transliteral”; 3) el “*regionalismo interior*”, cuando el poeta no busca mostrar su realidad, “sino crear con el lenguaje un nuevo universo que transfigura, internaliza e ilumina la experiencia personal, histórica, cultural o social que le dio origen” [148]²⁰.

La clasificación que enuncia Osán evidencia otra relación problemática y problematizada por los estudiosos: lo local / lo universal. Algunos [Castellino 2004, Fleming 2004, Tacconi] la resuelven señalando las correspondencias de lo propio –el terruño, el paisaje, las tradiciones, etc.– con lo heredado: lo clásico, lo español, a los que se consideran sinónimo de lo universal. Para otros, *lo universal* es sinónimo de *lo humano*, por lo que *lo regional*, para llegar al estatus de *lo humano*, necesita dejar de lado *lo propio* y bucear en las profundidades del alma, donde reside *lo humano universal*. Graciela Maturo, en particular, analiza la tensión entre lo universal y lo local considerando lo primero como la búsqueda de una comunidad y de una comunicación integradora de todos los pueblos y lo segundo, la ligazón estético-histórica particular “a un lugar de la tierra, a una región o continente” [121], por lo que también abarca la relación con América.

1.2.5.2. La crítica como acto político²¹

Una mirada distinta se observa en la tesis doctoral de la tucumana Victoria Cohen Imach (1994), quien se propone estudiar “las relaciones entre la producción y circulación de un conjunto de textos narrativos escritos en la Argentina de los años sesenta, y el surgimiento de una red de discursos culturales que hablan de una conciencia social de la periferia” [15]. Por la novedad del planteo, la tesista empieza por delimitar el “término *periferia* como la categoría que da cuenta, conjuntamente con la de *centro*, de la estructuración espacial, política y económica argentina polarizada históricamente en

²⁰ Serra también diferencia regionalidad exterior de otra interior [1978: 60-1]. Por su parte, Juana Arancibia los denomina regionalismo costumbrista o pintoresquista y regionalismo esencial [cit. por Borja: 143].

²¹ “El acto de escribir ideas es un acto político” [Heredia 2005: 11].

una capital omnipresente y un conjunto de provincias vinculadas a ella por innegables lazos de dependencia” [15]. Una de las hipótesis advierte que “el gradual descubrimiento de la periferia por el centro coincide, pero a la vez influye, en el descubrimiento por la periferia de sí misma y del centro” [16].

Una década después, buena parte de los escritos sobre lo regional se reorientan hacia una crítica que no solo toma una postura política, sino que también –y como consecuencia de lo anterior– cuestiona los posicionamientos de los estudios anteriores. Así se plantea claramente en el número 7 (2004) de *Silabario*, publicación de la Universidad Nacional de Córdoba; en particular, en el artículo de Osvaldo Valli, “Las culturas regionales: un universo en espesor y movimiento (Apuntes en torno a situaciones problemáticas en los tiempos calientes de encrucijada)”.

Valli reconoce y da la bienvenida a una reciente “movida de pensamiento”:

[...] verdadero aire de familia investigativo conformado por voces no siempre concordantes en formalizaciones teóricas y sobre todo en fundamentos ideológicos, aunque coincidentes en la perseverancia con que recrean una suerte de ética reflexiva cuestionadora de su propio hacer. [...] una línea de conocimiento para la que todo es revisable, verificable, ajustable y por ende alejada de cualquier riesgo de cristalización en lo pretendidamente único y valedero [91]²².

La novedad que se señala deviene de dos factores: por un lado, el contraste con el modelo anterior –“tendencia de configurar lo regional en cuanto parte de un sistema jerárquico y piramidal (de neto corte eurocéntrico y por ende moderno) en el que participa como categoría subordinada y epigonal respecto en primer término a lo nacional y luego a la instancia mayor que es lo universal” [90]–; por otro, los nuevos enfoques (el de la complejidad) que aportan nuevos conceptos:

¿Qué significa pues, *conocer* una región desde esta perspectiva de la complejidad? ¿Con qué parámetros (conceptuales, ideológicos, metafísico-simbólicos, afectivos) enfocarla? ¿Estamos hablando de lo mismo cuando nos referimos a los “espacios socialmente construidos” vistos desde la sociología que cuando lo hacemos desde la noción de *lugar* en tanto fuente de energía simbólica –*suelo* “que se habita, absorbiendo el sentido” (VÍTTORI, 1986) o al “espacio geocultural” (TORRES ROGGERO, 1998 y 2002)²³ en el que se efectiviza el acto de “sólo estar”? ¿Qué punto de contacto se establece entre las permanentes transacciones (ético-culturales, económicas) entre las regiones integradas a su vez en dimensión nacional o supranacional, que hacer referencia a *región* en cuanto producto de las subdivisiones territoriales concebidas por el “gran imperio” para un mejor control sobre la totalidad del espacio planetario? [95].

En el artículo siguiente, Pablo Heredia aporta algunas precisiones cuando explica el “sentido operativo de las ‘regiones’” desde la perspectiva de los Estudios Culturales:

²² A casi tres lustros de tal afirmación, se observa cierta cristalización en cuanto a que es “único y valedero” el cuestionamiento permanente sin dejar respuestas precisas, por lo que –en nuestra opinión– se ha llegado a abusar de las preguntas que incitan a repensar, pero sin redondear las cuestiones, dejándolas en un continuo *empezar a repensarlas* e impidiendo que se pueda observar la evolución de las discusiones.

²³ VÍTTORI, JOSÉ LUIS. 1986. *Literatura y región*, Colmegna, Santa Fe”; TORRES ROGGERO, JORGE. 1998. *La donosa barbarie*, Alción, Córdoba. --- 2002 “Acerca de lo que ya está” en *Elogio del Pensamiento Plebeyo*, *Silabario*, Córdoba” [Valli: 102].

[...] espacios culturales imaginados colectivamente como escenarios en donde se despliegan identidades (prácticas y pertenencias culturales) que se reconocen comunes para la mayoría de los miembros que los habitan. Podríamos decirlo al revés ya que, en verdad, dicho sentido operativo es dialéctico: debido a que una colectividad dada despliega identidades comunes, se imaginan espacios que delimitan las fronteras donde se practican dichas identidades [2004: 103].

En consecuencia, hay que figurarse la región como “un espacio móvil (y también ambiguo), heterogéneo, dinámico, histórico, y de ninguna manera como un espacio *natural*” [104]. Lo pertinente, dice Heredia basándose en Kusch²⁴, es hablar de “*suelo*”, o sea, la representación simbólica de lo geográfico: “ya no son los accidentes geográficos los que determinan o condicionan la vida y la cultura de una comunidad, sino que es el hombre quien primero construye el paisaje, a la vez habitándolo de símbolos” [105].

La propuesta teórica avanza hacia la operatividad del concepto de Geocultura como base y referencia para la construcción de un “saber situado”, que permita “desde dentro, desde sus horizontes simbólicos”, interpretar, por ejemplo, “las articulaciones ‘nacionales’, ‘globales’ o ‘cosmopolitas’, en sus perfiles y operaciones colonizadoras” [108]. También, y tomando palabras de Zulma Palermo, hacia la región entendida “como un ‘espacio de producción’ que posee sus ‘propias articulaciones históricas y sociales’”, “un lugar de enunciación en el que es posible visualizar un ‘sujeto que enuncia y se enuncia’” [Heredia 2004: 109].

En su ponencia presentada en las II Jornadas Nacionales Literatura de las Regiones Argentinas, Heredia insiste en el presupuesto de que “las regiones son ‘espacios de circulación simbólica’, es decir, espacios de configuración de horizontes simbólicos” y subraya “la construcción del *locus enunciativo*”, para leer “las marcas enunciativas de los textos; por ahora, la única referencia válida en las configuraciones estéticas de ‘lo regional’” [2007: 164; 2012].

En buena parte de la producción crítica universitaria más reciente, se analiza la literatura regional como una práctica social y cultural situada en un espacio-tiempo determinado, que obedece a distintas variables en las que los juegos de poder son primordiales. Estas líneas de investigación se fundan, además, en la necesidad y el derecho de una crítica latinoamericana; el investigador se ubica (orgullosamente) en la *periferia* y desde allí produce una reflexión teórica *situada*. No obstante, algunos se basan en los mismos argumentos de los críticos metropolitanos. Por ejemplo, a partir del estudio de antologías regionalistas escolares, Marta Ofelia Ibáñez, siguiendo a Aníbal Ford, limita el Regionalismo a “la expresión cultural inseparable de los procesos ocupados en construir la identidad nacional”, “proceso institucional –y por ende externo– que sancionó las gramáticas de producción y de reconocimiento de la literatura

²⁴ “Kusch aborda en primer término la cultura no como un acervo sino como una *actitud* que configura un *horizonte simbólico*, un corpus de posibilidades que se despliega creativamente frente a los cambios, la tradición (los orígenes históricos) y el futuro, dentro de un espacio territorial (al que denomina antropológicamente *suelo*), limitado pero móvil y dinámico. La ecuación *actitud-horizonte simbólico-posibilidades-espacio territorial*, que nosotros abordaremos como presupuestos que generan *identidades culturales*, Kusch la denomina ‘geocultura’, en tanto el término une y ‘apelmaza’ lo *geográfico* con lo *cultural* (KUSCH, 1976)” [Heredia 2004: 104-5]. “Kusch, 1986” corresponde a *Geocultura del hombre americano* (Buenos Aires: Fernando García Cambeiro).

escrita en provincias” [33] desde fines del siglo XIX. Poco después y citando nuevamente a Ford, Ibáñez precisa que el rótulo de regionalismo se aplicará a la literatura sobre zonas rurales, que no sean bonaerenses [35]. Desde este concepto, se explica la marginación y el olvido de aquellos textos que no responden al modelo de expresión de la “esencia” argentina, en general, o salteña, en particular. En tanto estrategia para la unificación cultural, en los prólogos de esas antologías este regionalismo se configura como una retórica, sobre la base de clichés y repeticiones de enunciados [43-47].

En el marco del mismo proyecto, Elisa Moyano ratifica la importancia de considerar el Regionalismo no solo como *producción*, sino sobre todo como *reconocimiento canonizador*, debido a que el concepto queda definido por un *contrato*:

[...] especie de “contrato” que tenían los intelectuales provincianos identificados con el nacionalismo y residentes en la Capital Federal, con los que vivían y escribían en el interior. El pacto tuvo entre sus “cláusulas” la incorporación de **paisajes provincianos estáticos** que fijaran lo rural como la variable fundamental del discurso identitario argentino y se convirtió en un mecanismo necesario frente a la desestabilización provocadas por las oleadas inmigratorias que invadían la gran urbe y por las literaturas urbanas producidas desde la antípoda ideológica del ruralismo por escritores socialistas y anarquistas [2004a: 115-6; el resaltado es nuestro]²⁵.

Resaltamos el carácter de una de esas cláusulas porque agrega una regla de la poética regionalista, que suele ser poco atendida: la imagen del paisaje queda estática, como si se sacase una foto. No importa si esta fijación es consecuencia de ese “contrato” particular o de la discursividad en sí misma.

1.2.5.3. Los nuevos enfoques

Sin negar ni olvidar las disquisiciones anteriores, los nuevos estudios (década de 2010) disminuyen la energía puesta en el enfrentamiento centro-periferia, al tiempo que amplían la variedad de problemáticas e incorporan un corpus menos transitado. A esto se suma la reflexión metacrítica, mediante la cual se revisan las conceptualizaciones teóricas sobre región, región geocultural, identidad e hibridación cultural, principalmente, en busca de fundamentos apropiados para explicar las nuevas relaciones discursivas del siglo XXI y, por ende, satisfacer las nuevas necesidades epistémicas de una crítica que se asume latinoamericana y latinoamericanista.

Un ejemplo destacable se produce durante las Jornadas de Literatura del NOA (2011), que ya mencionamos y que Varela tratará más abajo. Del primero de esos encuentros académicos, dedicado sobre todo a cuestiones teóricas, rescatamos ahora solo tres puntos novedosos. El primero lo expresa una frase de Amelia Royo, cuando refiriéndose a la variable “paisaje”, menciona al “‘regionalismo’ –ismo que no definiré aquí por *obvio*–” [26; el resaltado es nuestro]; señal de que el concepto Regionalismo está ya fijado indefectiblemente con las marcas de los primeros regionalismos.

²⁵ Este contrato habría favorecido a Juan Carlos Dávalos, quien –por este motivo– es descalificado por un sector de la crítica salteña contemporánea.

El segundo punto lo propone Carlos Hernán Sosa, siguiendo a Erick van Young: la región literaria se aproxima a (es) una hipótesis por demostrar pues no tiene una existencia (o esencia) predeterminada, sino que es configurada por el investigador [2011: 83]. Luego aclara:

[...] resulta importante señalar que la clara demarcación teórica y metodológica de las regiones literarias es necesaria no sólo para analizar puertas adentro la problemática de nuestro interés, sino también para subrayar las propias inestabilidades y redefiniciones de centros y periferias que existen en este ámbito demarcado [la literatura del NOA] [84].

Esta propuesta de *lo regional como hipótesis* condice con la de Raquel Guzmán: “estudiar la literatura del NOA como constitución escénica donde múltiples interlocutores debaten y polemizan en/por el ejercicio de los discursos [...]” [2011: 104; el realzado es nuestro], uno de los enfoques posibles porque permite abarcar el objeto en su complejidad, pero que resulta de decisiones teórico-metodológicas²⁶.

El tercer punto novedoso se refiere a la actualidad; lo formula Susana Rodríguez y parte de una constatación: “En la modernidad tardía el arte se ha desterritorializado”. Esto exige un cambio notable de perspectivas: “Una posibilidad para la comprensión del nuevo *locus* del arte sería entenderlo como *desplazamiento* y puesta en relación de los lenguajes. Tanto las artes visuales como las literarias son hoy regiones de la red que dibujan una cartografía abierta que admite múltiples transformaciones” [92]²⁷.

Siguen estas líneas los más recientes proyectos de investigación dirigidos por Liliana Massara [2016], María Alejandra Nallim [2017] y Raquel Guzmán [2018]. En este último la propia Guzmán analiza el concepto de multiterritorio, propuesto por Rogerio Haesbaert, mientras que Juan Manuel Díaz Pas agrega un corpus, las literaturas indígenas, y al comentar las tendencias críticas del NOA cuestiona el uso singular del concepto Literatura Regional:

En cuanto a los abordajes algunas perspectivas relacionan lo regional con el ámbito metropolitano en donde se busca reconocimiento, proyectando así coordenadas de legibilidad que perfilan un canon prestigioso al que se desea pertenecer. Mientras tanto, otros intuyen, proponen o sugieren que la exploración de la región NOA es apenas una forma de abrirse paso hacia una dimensión regional macro, concretamente el espacio andino y el continente latinoamericano, y problemáticas de poder que trascienden los límites de lo puramente discursivo [14-5].

Después de proponer como tesis la existencia de “dos cuestiones constantes del pensamiento crítico latinoamericano: la fricción étnica y la fronterización de la literatura” [17], explica que “la literatura regional permite conectar los problemas literarios de un territorio (nacional e imaginariamente) fronterizo con otros problemas culturales, sociales y políticos (aunque no solo ellos) del resto de Latinoamérica” [18]. En

²⁶ Las últimas secciones de este primer tomo de *La literatura del Noroeste Argentino* permiten constituir la escena literaria del NOA, como la propone Guzmán: “El campo literario de las últimas décadas en las provincias del NOA”, “Escritores, industrias culturales y políticas editoriales en el NOA” y “Obras y autores de la Literatura del NOA”.

²⁷ Rodríguez también propone una definición interesante de Región: “espacio semiótico de relaciones, zona de pertenencias, de hábitos y memoria cultural en tránsito alejada de los estereotipos e irreductible a discursos esencialistas” [92].

la nota 8 de esa misma página suma otra cuestión, que busca la polémica: “La singularización de una literatura regional, en definitiva, orienta la reflexión hacia la idea de unidad, homogeneidad y totalidad autosuficiente”.

Casi paralelamente y tratando de superar la dicotomía literatura nacional / literatura regional, Carmen Santander, Carla Andruskevicz, Carmen Guadalupe Melo y el resto del equipo de investigación misionero²⁸ trabajan a partir de los conceptos de Territorio – ‘Porción de la superficie terrestre y esfera de acción controlada por un cierto tipo de poder’ [Santander, dir. 2008: 10]– y de Autores Territoriales, “aquellos escritores cuyas producciones han desencadenado una serie de reflexiones en torno al espacio y el contexto en el cual la literatura se produce” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 111] y que “habitan y a la vez habilitan un espacio geográfico, pero también un espacio político e ideológico” [Santander, dir. 2012: 6]. Desde esta perspectiva, la literatura de un determinado territorio “habilita la conversación y la mirada crítica con una serie de representaciones identitarias, políticas y culturales que se desencadenan de los posicionamientos estratégicos de estos autores e intelectuales” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 111]. Fuentes indispensables para este abordaje son los Archivos de Autor²⁹.

Desde esta línea de investigación, deslindan Literatura Regional³⁰ de Literatura Territorial, como rótulos que revelan “una elección, una posición de lectura desde la cual introducirse en la obra” [Andruskevicz: 51]. La primera hace hincapié en lo referencial y, de ahí, su limitación: “es recortada –pensamos– la literatura que surge o es leída desde un mero pintoresquismo, desde una sumatoria de detalles paisajísticos y dialectales como si estos fueran los únicos entretejedores de la creación–ficción literaria” [50]³¹. La segunda, en cambio, leyéndola en clave foucaultiana, “deviene en dispositivo de poder en el sentido de una maquinaria legitimadora de representaciones identitarias y posiciones ideológicas que señalan un aquí y un dónde característicos y que enmarcan la posibilidad de decir algo desde un lugar determinado” [54]. En la práctica, esto significa que, “en la territorialidad de la autoría, el escritor asume su condición precaria y marginal en el campo literario y pretende ser un actor social y un agente de transformación; por lo tanto, se instala en la autoría, es el enunciador que marca su posición de portavoz de un colectivo” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 114].

²⁸ Carmen Santander ha dirigido una serie de proyectos de investigación referidos a esta problemática: “Autores territoriales” (UNaM., 2006-2008 y 2009-2011) y “Territorios literarios e interculturales: Despliegues críticos, teóricos y metodológicos” (UNaM., 2012-2014).

²⁹ Metodología teórico-metodológica que resignifica “postulados propios de la crítica genética desde una mirada semiótica e intercultural” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 110].

³⁰ En cambio, “Lo regional, para nosotros, estaría configurado por lo que se denomina transnacional, término entendido como el habitar un espacio generado por los procesos sociosemióticos que vuelven permeables los límites y muestran escenarios de relaciones entre culturas. En su concreción, nuestra pertenencia cultural regional compartida como zonas de contacto con parte de Paraguay y Brasil” [Santander 2015: 7].

³¹ Andruskevicz insiste en un concepto de Literatura Regional muy acotado y sus consideraciones encierran, a su vez, una visión discutible de lo literario: “consideramos que lo regional, su literatura, puede instalar connotaciones relacionadas con espacialidades cerradas, clausuradas, que no permiten la conversación o discusión con otros espacios, además de la reunión conflictiva de obras y autores en una homogeneidad superficial y dudosa. [...] Nosotros agregamos, hasta dónde una serie literaria puede enfrascarse en una región, absorber y reflejar únicamente el entorno contextual que de esta última se desprende; hasta dónde también la crítica, puede permitirse el trabajo con el placer del texto si *equipara la literatura con artículos de costumbres informativos y anecdóticos*” [52; el realzado es nuestro].

La situación de Misiones predispone a valorar el espacio intercultural, “para comprender y vivir en esa zona de permanente pasaje y negociación”, donde “identidade(s) se configuran en lo híbrido, es decir, el reconocer el/los otro(s) en sí mismo”. Recurren entonces a conceptos postestructurales como Constelaciones, Territorialización y Desterritorialización³² (tomados de Deleuze y Guattari), para mostrar esos procesos cuya “dinámica, teñida de voces múltiples, de polifonía, intertextualidades e interdiscursividades, otorga matices multicolores” [Santander, Andruskevicz y Guadalupe Melo: 116].

Formados por Gloria Videla y su teoría *organicista*, los mendocinos Marta Castellino, Gustavo Zonana y Fabiana Varela, entre otros, actualizan el marco de referencia incorporando los postulados de la Teoría de los Polisistemas. Así lo exponen, sobre todo, en el primer tomo del *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza; Período hispánico y siglo XIX* (2013). En el capítulo I, “Problemas y principios para el estudio de la literatura mendocina”, Zonana realiza dos aportes fundamentales: sintetiza tanto las problemáticas metodológicas que enfrentan los estudios de una literatura regionalizada, como el marco teórico.

Las dificultades recurrentes conciernen a la definición y localización del corpus, y a la reconstrucción de las redes socioculturales, la carencia de datos, la existencia de autores “*escapados o caídos del canon*”; las faltas de “*reconocimiento de la proyección de autores nacionales canónicos en el espacio de la cultura local*”, “*seguimiento de la proyección de los autores regionales en el espacio de la cultura nacional*”, “*un paralelo contrastivo entre manifestaciones locales / nacionales*”, “*un estudio panorámico que describa de manera sistemática el decurso histórico*” de hechos literarios particulares; y la focalización de la atención puesta en el texto “*y olvido del nivel de las prácticas sociales que hace a la producción, circulación y recepción de la obra, en función del pacto discursivo al que pertenece*” [Zonana 2013: 24-9].

Después de repasar los conceptos de canon, *locus* enunciativo y sistema, Gustavo Zonana expone las ventajas del enfoque polisistémico: “Su valor reside en la comprensión de los sistemas semióticos (por ejemplo, el literario) como conjunto de estructuras heterogéneas y abiertas” [39]. Luego explica:

[...] la noción de sistema remite a una conceptualización dinámica de la sincronía. [...] los repertorios establecen relaciones entre sí, conforme a formas variadas de estratificación. Como subraya Itamar Even-Zohar, en todo sistema se advierte fundamentalmente una relación entre los repertorios que ocupan el centro y aquellos que se disponen en la periferia [...]. Esta dinámica repercute en la determinación de las formas canónicas dentro del sistema literario y de aquellas que se consideran, en un momento determinado, como marginales. Asimismo, incide en la captación de las formas *emergentes* y *residuales* de la producción estética [40]³³.

³² La desterritorialización alude a la pérdida de la relación “natural” de la cultura con los territorios geográficos y sociales.

³³ Para este panorama histórico-literario, también se operativizan las categorías de temporalidades múltiples (largas, medias, cortas), según Claudio Guillén.

El estudio de los repertorios, los productos y los factores de circulación, institucionalización y mercado, permite una comprensión más abarcadora y dinámica de la literatura (como sistema). Esto es particularmente importante y necesario en el caso de las literaturas regionales, consideradas (prejuzgadas) sistemas periféricos, con difícil acceso al mercado editorial.

De modo similar, María Ester Gorleri estudia la literatura formoseña³⁴ en relación con el polisistema de la literatura argentina, considerándola también como un polisistema en sí misma [2012]. Además, analiza las condiciones para una historia más abarcadora de la literatura argentina: “la propia exploración integrada, multidisciplinar y previa de las literaturas en las provincias”, “el comparatismo con las literaturas de la región y sus áreas de influencia”, “descentramientos y reacomodamientos entre el centro y la periferia, siempre que, además, la producción literaria en las provincias se potencie y luche por imponer su capital simbólico entre los consumos culturales” [2010].

Desde el sur, en *Ficciones de Patagonia*, Silvia Casini analiza la red textual o “texto fundador” del espacio patagónico y avanza en “revisar los estereotipos que han sido fijados (a partir de una pretendida objetividad y de la utilización de un lenguaje supuestamente transparente) como una representación objetiva del espacio patagónico” [19]. Respecto del marco teórico, justifica su opción por los conceptos de Lugar³⁵ y de Paisaje Cultural:

Este planteamiento teórico [...] nos ha hecho ver que el “lugar” desde donde se observa el espacio y el espacio observado están marcados por reglas sociales y políticas culturales. Cada descripción no involucra, entonces, sólo un lugar físico, separado del yo, sino un lugar inclusivo (la suma de geografía y acciones, sentimientos, costumbres y objetivos) que configura al propio narrador observador [20-21].

Como señala Luciana Mellado, la literatura patagónica puede ser estudiada gracias a diversas fuentes bibliográficas: 1) los estudios sobre la narrativa de viajes a la Patagonia; 2) los estudios sobre la Patagonia en la narrativa contemporánea, 3) los textos liminares de antologías literarias patagónicas, de narración y de poesía; 4) la investigación universitaria; 5) la producción crítica de los propios escritores patagónicos; y 6) los estudios sobre la literatura mapuche. Esta lista evidencia la peculiaridad de esta región:

Habitantes de la nación, devenidos tardíamente en ciudadanos, los patagónicos constituyen su identidad, como devenir, en el marco de un diseño de los espacios territoriales e imaginarios hegemonizado por autoridades políticas y discursivas centralistas. Las nociones de centro y periferia, frecuentes aún en muchos discursos de los estudiosos y escritores de la Patagonia, no aluden tanto a la reivindicación de una dicotomía esencialista que contrapone la región a las metrópolis nacionales sino al reconocimiento de continuos procesos de periferización del sur argentino.

³⁴ En particular, el teatro. En esta misma línea trabaja con su colega formoseña Marisa Budiño.

³⁵ Lugar: “artefacto cultural de conflicto y cohesión social”, “incluye también las influencias histórico-sociales y culturales, así como los intereses personales que componen cada historia de vida” [Casini: 20].

Por nuestro parte, hemos elegido un marco teórico pragmático-discursivo, narrativo y comparatista (sobre todo, la Imagología) para trabajar los diferentes pactos de lectura que un autor puede ofrecer a los lectores respecto de la comunidad cultural a la que pertenecen: comunitario, regionalista o universal. Según dilucida Hebe Molina en este mismo volumen, lo interesante es que, en un mismo texto, se establecen pactos simultáneos para distintos lectores; por eso, para algunos un texto puede ser más *regional* que para otros. Esta peculiaridad del discurso literario también explica las valoraciones críticas variopintas hechas a un mismo texto debido a las perspectivas situacionales (centrales o periféricas) del crítico.

Resta incluir los estudios específicos por autor, por grupos de autores o por cualquier otro criterio de configuración de corpus, que servirán para mostrar las peculiaridades regionales y para demostrar que la problemática de lo Regional revive si se analiza desde nuevos enfoques teóricos, porque los textos literarios regionales tienen una textura semiótica compleja.

1.3. El regionalismo en otras naciones

El concepto Regionalismo Literario puede aparecer en los estudios críticos e historiográficos de las más diversas naciones porque en todas ellas habrá, seguramente, regiones. Pero, como es tan íntima la relación entre la historia político-social y la literaria, no se puede analizar el regionalismo literario sin conocer aquella con profundidad; por ende, cada problemática regionalista debe estudiarse en el marco histórico-cultural de cada nación.

En este volumen (punto 5), Graciela Caram contextualiza el problema en los estudios italianísticos. En Italia es un tema importante, sensible y determinante, ya que el valor y la defensa de la región (del Norte, del Centro o del Sur) y lo que ello supone (su cultura, su dialecto, su paisaje, historia, sus costumbres, etc.) son de alguna manera ancestrales, perdurables, retransmitidos por generaciones, valorados entrañablemente y, a veces, están por encima de la idea o concepto de nación, patria, país. Además, hasta mediados del siglo XIX no se habla de una sola nación; el Fascismo intenta la unidad nacional mediante imposiciones; el Neorrealismo reacciona y reaviva lo regional. A esto se suma la elección del dialecto que asumirá el carácter de lengua nacional. Por todo ello, los escritores italianos conservan un fuerte arraigo a su región. El regionalismo como vertiente literaria tiene sus raíces en la Literatura del Verismo.

Espigando bibliografía de fácil acceso, se observa que la problemática teórica no es privativa de la academia argentina. Míriam Fernández Morales enfrenta las dificultades teórico-conceptuales del binomio “literatura-region”: “exceptuando cuestiones puntuales que atañen a regiones concretas, los planteamientos se realizan en los mismos términos y los problemas teóricos a resolver son prácticamente idénticos, independientemente de la materia de análisis de cada estudio” [61, n. 1]. Luego se aboca a discutir algunas de las posturas teóricas, con esta advertencia: “los acercamientos al objeto literario se han realizado desde dos tendencias antitéticas correspondientes al

lugar en el que se pusiera el acento del valor de la obra: en su carácter universal y antropológico o en su carácter individual e histórico” [61].

De ese debate rescatamos un detalle metodológico –convendría no usar gentilicios, como literatura gallega, sino un modificador indirecto: literatura en Galicia [66]– y las citas de Milan Kundera: “Son dos los contextos elementales en los que podemos situar la obra de arte: o bien el de la historia de la propia nación (llamémoslo el pequeño contexto), o bien el de la historia supranacional de su arte (llamémoslo el gran contexto)”; el provincianismo es, por consiguiente, “la incapacidad de (o rechazo a) considerar su cultura en el gran contexto”³⁶ [67].

En el ámbito de la literatura brasileña, la Universidade de Caxias do Sul (Rio Grande do Sul) ha organizado el Programa de Pós-Graduação em Letras, Cultura e Regionalidade, de la que se deriva la revista *Antares: Letras e Humanidades*. En el número 3 (2010) dedican un dossier a “Regionalidade”, luego de incluir artículos con la misma temática en los dos números anteriores (2009). En uno de ellos, André Tessaro Pelinser explica su marco teórico y la delimitación conceptual que de aquel se deriva:

Entendemos que, en los procesos culturales, la dinámica entre los elementos del imaginario y la sociedad expresa determinados modos de ser, hacer, pensar y actuar, en resumen, un *ethos* imprescindible para la articulación de sus representaciones simbólicas, de modo que a él están visceralmente relacionadas las manifestaciones identitarias que escriben la región. Esa perspectiva se hace relevante a partir del momento en que consideramos el regionalismo literario justamente como el movimiento que, en una dialéctica de la palabra, se basa en la dinámica de tales procesos y busca la mejor poética y destreza temática para expresarlos [108].

Por su parte, Rogério Haesbaert busca precisiones en torno a los conceptos Región, Regionalización y Regionalidad:

¿Y aquello que denominamos “regionalidad”? [...] estaría relacionada, de forma genérica, a la propiedad o cualidad de “ser” regional. Pero “ser”, aquí, no en el sentido ontológico de un “hecho” regional bien definido y auto evidente. La regionalidad involucraría la creación concomitante de la “realidad” y de las representaciones regionales, sin que ellas puedan ser disociadas o que una se coloque, a priori, bajo el comando de la otra; el imaginario y la construcción simbólica moldando lo vivido regional y la vivencia y producción concretas de la región, por su parte, alimentando sus configuraciones simbólicas [8].

Por eso, propone considerar la región como un arte-facto, “mecanismo, dispositivo”, que “se encuentra en el cruce entre lo concreto de un ‘hecho’ y la abstracción de un ‘artificio’ o instrumento de análisis” [13].

Los brasileños completan su formación con una estancia posdoctoral en el Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín, en 2011, guiados por la renombrada especialista Ligia Chiappini. Resultado de estas actividades es el volumen *Regionalismus* –

³⁶ “Kundera, Milan. (2005). ‘Literatura universal y literaturas nacionales’. *Claves de la razón práctica*, 151, pp. 4-9” [Fernández Moreno: 71].

regionalismos: Subsídios para um novo debate, coordinado por João Claudio Arendt y Gerson Roberto Neumann (2013), en el que alemanes y brasileños comparten sus preocupaciones teórico-metodológicas. En particular, Chiappini resume el derrotero de sus estudios sobre esta problemática, trayectoria que culmina en este trabajo de cooperación internacional; analiza las relaciones del Regionalismo con literatura nacional, subdesarrollo y modernidad; y, como metodología de análisis, propone la Literatura Comparada [29].

También el chileno Adolfo de Nordenflycht elige un concepto comparatístico –*Image*– para encarar el estudio del imaginario prometeico en la región de Valparaíso. Nos interesa, porque la compartimos, la delimitación conceptual tomada de Nora Moll³⁷: “toda *image* se constituye a través de una comparación continua que va de la identidad a la alteridad, porque siempre hablar de los otros es también una forma de revelar algo de sí” [105, n. 7].

Los estudios regionalistas no se limitan al tamaño de una nación. En un artículo bien conciso, Friedhelm Schmidt-Welle, del Instituto Ibero-Americano de Berlín, aborda Latinoamérica y clasifica los regionalismos literarios en tres grupos, clasificación que puede dialogar con la de Fontenla, que comentamos más arriba; por eso, la transcribimos de modo casi completo:

a) “Literatura regional tradicional”

La literatura regional o regionalista que “pone énfasis en las características específicas de las culturas locales” [115-6] y que, por ende, es poco atendido por la crítica:

Se trata, en grandes rasgos, de una literatura que conserva una perspectiva nostálgica e idílica sobre regiones agrarias, una literatura impregnada por la descripción del color local, el paisajismo, las figuras arquetípicas, y una caracterización muchas veces positivista de las relaciones humanas y de la naturaleza. Se trata, en suma, de una literatura que sobreestima las características específicas de una región y que al mismo tiempo subestima las relaciones culturales, políticas y económicas con otras regiones tanto en el nivel nacional como internacional. Una literatura que niega los procesos de migración y los intercambios de cualquier tipo, [...] toda hibridación, transculturación o heterogeneidad cultural. En el nivel formal, sigue los modelos del realismo y el naturalismo decimonónicos, y en muchos casos comprende formas líricas para destacar el idilio [120-1].

Aun cuando sean subestimadas, las literaturas regionales “de vez en cuando sirven también como documentos históricos de la vida en las respectivas regiones por falta de una historiografía regional o una microhistoria para las épocas referidas” [123].

b) El “regionalismo clásico”

En auge durante las primeras décadas del siglo XX, incluye la novela social, de la tierra o criollista, “pero también el indigenismo, la novela de la Revolución mexicana y la

³⁷ Moll, Nora. 2002. «Imágenes del ‘otro’: La literatura y los estudios interculturales». Ginsi, Armando. *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica” [Nordenflycht: 120].

literatura nordestina del Brasil”. Coincide con la variante anterior en “la descripción de regiones agrarias y de la vida en el campo, la representación de figuras arquetípicas, una influencia de ideas positivistas o hasta racistas [...], el afán de representar lo autóctono, y el empleo de los recursos estilísticos tradicionales del realismo y el naturalismo”. Se distingue por:

[...] su perspectiva ideológica hacia la identidad nacional y por su representación de conflictos políticos, históricos y culturales más allá de la región en que se lleva a cabo la trama del texto. [...] Se trata, entonces, de la construcción de una identidad nacional en vez de una identidad regional [120].

El aspecto más importante del regionalismo clásico es “su afán de representar lo autóctono”. Y en esto Schmidt-Welle percibe “una contradicción interna”: el interior de los respectivos países se representa como la cuna de la ‘verdadera’ identidad nacional, pero al mismo tiempo “este lugar del origen cultural se presenta también como el núcleo de la barbarie”, por lo que las “novelas del regionalismo ‘clásico’ se convierten de esta manera en un campo de batalla simbólico entre civilización y barbarie, entre modernidad y diferencia” [121]. En conclusión:

La representación de la región en el regionalismo “clásico” es altamente simbólica y abstracta. Se trata, entonces, menos de una literatura regional en sentido estricto, sino de una alegoría nacional [...].

La perspectiva regionalista está encerrada en su antiuniversalismo –en su vertiente conservadora– o en su estimación de la resistencia cultural, étnica, etcétera –en su vertiente progresista– [122].

c) El “regionalismo no nostálgico”

“Se puede tratar tanto de la literatura de una región interna de un país o de una región supranacional”; “se trata de una representación –sea esta abstracta, simbólica o concreta–, de la heterogeneidad o la hibridación cultural y social, de los conflictos internos y externos de las regiones representadas”. Los rasgos destacados son:

En lo formal, son característicos los modelos modernos y posmodernos, la modernización literaria mediante técnicas vanguardistas o posvanguardistas, y la integración de formas literarias locales o indígenas (hasta en el nivel semántico, como en el caso de José María Arguedas), y la influencia de la oralidad y otras características de las diferentes culturas de la región, es decir, la consideración de los procesos de transculturación [124].

Dado que “el regionalismo se define, al menos hasta la década de 1980, como una literatura de provincias dentro del territorio nacional”, Schmidt-Welle advierte que las investigaciones suelen no incluir “las literaturas de regiones transfronterizas o supranacionales”, ni “las literaturas fronterizas o de los *borderlands*” [118]. Además, disiente de quienes, como Barcia, se afirman en “la frase de Tolstoi según la cual uno debe escribir la historia de su pueblo para escribir la historia de la humanidad, es decir, la historia local aparecerá como historia universal o como representación literaria de conflictos universales en un nivel simbólico” pues esta noción de literatura regional resulta “demasiado amplia, metafórica y ahistórica” y porque “detrás de esta noción de

literatura universal, se esconde una perspectiva neocolonialista que trata de aplicar las normas literarias de la literatura occidental o europea a toda la literatura mundial” [120].

Finalmente, Schmidt-Welle expone las limitaciones de su trabajo, las cuales constituyen otras aristas para seguir investigando: “No traté las literaturas populares ni aquellas en lenguas indígenas que abarcan un sinnúmero de textos literarios”; ni ha considerado la “regionalización literaria”, que es “un fenómeno de la política editorial, de la traducción, de las políticas culturales, de la difusión de la literatura en instituciones culturales” [125].

Por su parte, Françoise Perus explica las ventajas teóricas de elegir una perspectiva polisistémica³⁸ para el estudio de la literatura latinoamericana, en tanto propia de una región subcontinental que se caracteriza, además, por formas de escrituras transculturadas:

Pensar en una pluralidad de movimientos de espacios y tiempos, o, si se prefiere, en un polisistema³⁹ parece responder mejor a las necesidades de sistematización de lo que seguimos percibiendo en gran medida como “heterogeneidades” o “hibridaciones” culturales y literarias [39].

En definitiva, una “caracterización de la región como superposición e imbricación – entrecruzamiento– de movimientos de espacios y tiempos diferenciados entre sí cancela cualquier concepción sustancialista de la identidad, al correlacionarse ésta con dimensiones múltiples e insoslayables de la *alteridad*” [40].

Podemos concluir con las palabras de Libardo Vargas Celemín⁴⁰, citado por Fernández Moreno [61, n. 3]: “el tema de la literatura regional en tiempos de la globalización, bien pudiera ser un anacronismo o un reto, dependiendo de la perspectiva con que se mire la complejidad del asunto”.

³⁸ Aclaramos que Perus no se basa en la Teoría de los Polisistemas, de Even-Zohar, sino que parte de consideraciones de Ángel Rama.

³⁹ Perus propone “sustituir la idea de un sistema literario único, construido a partir de la continuidad y la oposición de corrientes y escuelas diversas, por la de sistemas literarios diferenciados entre sí y basados en la identificación de movimientos de espacios y tiempos disímiles” [39].

⁴⁰ “Vargas Celemín, Libardo. (2003). ‘Los estudios de literatura regional: ¿Anacronismo o reto?’ *Revista Aquelarre*, Vol. 2, No. 4, septiembre, pp. 83-90” [Fernández Moreno: 72].